

NÚMERO 5 // NOVIEMBRE -DICIEMBRE DEL 2021

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

DIRECTOR

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
 Angelina Rivas Avila
 Mónica Teresa Müller
 Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias.
 Marilú Ricalde
 Arturo Nieto
 Alejandro Espinosa Martínez
 Jorge Milone
 Gildardo Montoya Castro
 Ninoska Carolina Guzmán
 Yanich Schebsdat Rivero
 Frida López Rodríguez
 Rafael Pintos López
 Sara Ortíz
 Álvaro Sánchez Ortiz
 Ari Guzmán
 Keiko Murakami
 Perros Celestes

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Alejandro Espinosa



Termina el 2021, año de contrastes, iniciado bajo los peores auspicios: llegaba la tercera ola y aún con la vacuna las perspectivas eran sombrías; sufrimos nueva cuarentena y la economía mundial siguió retrayéndose; sin embargo, las investigaciones llevadas a cabo dieron resultados y ofrecieron diversas opciones para protegernos. Hoy, a diferencia del año pasado, las familias se preparan para disfrutar de esas postergadas vacaciones o hacen planes para las típicas reuniones decembrinas, en un ambiente de jubilosa esperanza. Se inicia el viejo ritual de dar gracias a quien corresponda por los dones recibidos y estos Taches y tachones no podían ser la excepción, así que deseamos agradecer a quienes hacen posible que la revista sea una realidad: a los colaboradores que nos han tenido confianza y de manera especial a los lectores que nos siguen desde distintos puntos del planeta; a todos, nuestro agradecimiento. ¡Feliz navidad!

TABLA DE CONTENIDO

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Mujeres
02	No deja de llover
03	Entre letras y sueños
04	Sutil revolución
05	Un segundo
06	Niño Esclavo
07	Fuga volcánica
08	Contracorriente
09	Buda
18	Rosas en el ánfora
19	Ulises regresa todas las tardes en autobús a Ítaca
23	Apofisis 99942
25	Oztéotl Dios de las cuevas
29	Negocios son negocios
33	Un frasco de Bolitas
37	La cicatriz de Pedro
	Hablemos de Libros (reseñas)
39	El niño de arena. La noche sagrada
	El mundo a través de la lente
41	Mundos pequeños
	El séptimo arte
49	Celuloide en llamas.
	Notas desde el atril
53	El músico, sus superpoderes y su kriptonita
	Música (entrevista y creación)
56	Entrevista con los Perros Celestes

MUJERES

por Gildardo Montoya Castro

Parque. Abstraído en los versos del español Claudio Rodríguez. "¿Me regalas una moneda?", musitó la mujer mendicante

"¿Qué lees?", agregó. Le mostré el libro. "Hum, lo conozco; vuela profundo, aunque tiene una falla: aplaude la esperanza;

¿y mi moneda?"
Fui generoso. Al poco rato, la vi salir donde la lotería, abstraída, con un "cachito" de la suerte.

Parecía feliz, como si aplaudiera a la esperanza...
¿Quién entiende a las mujeres?

NO DEJA DE LLOVER...

por Gildardo Montoya Castro

En la sala de autobuses, una vieja camina con paraguas desplegado; puro llanto, puro grito: "¡Cabrona lluvia! cielo sin Dios... ¡No puedo más!".

Alguien, otra mujer, intenta el consuelo; pero la vieja rechaza, repele.
"¡No puedo más!".

En la sala de autobuses una estropeada vieja no deja de llover.

Gildardo Montoya Castro. nació en Santa Rosa de Lima Guamúchil, Sinaloa en 1959, pero considera como su verdadero solar de origen a Villa Juárez Sonora. Ha publicado en periódicos y revistas del interior de la República, en el suplemento Sábado del periódico Unomásuno; en la sección cultural de El Financiero, así como en la revista Molino de Letras. Es autor de los libros El ladrón que sobornó a la luna (UACH, 1993), Armónica para desnudar el sueño (Ediciones Molino de Letras, 2004) y Ebria ilusión del aire (UACH, 2016).

ENTRE LETRAS Y SUEÑOS

por Ninoska Carolina Guzmán

Cuando las letras la hicieron su prisionera
y su mano dibujaba con torpeza incipientes
piezas de grafito
desde ahí, soñadora intensa
lo dibujaba en sus pensamientos.

Embriagada de ilusiones su barco fue andando
siendo su vela quebrantada por neblinas
agresivas
y sus maderos perdieron ese brillo.

Las letras le hablaron, gritaron a la tripulante del
barco
ella trató en ellas hallar consuelo
pero su mano solo dibujaba tortuosas grafías
y aquella imagen anhelada, su mente fue
alejando.

La tierra ya rotó sendas veces
y la tripulante guió su barco a una cálida isla
recuperando sus maderos su brillo.

Con destreza su mano empezó a dibujar
partituras
y a cada nota musical, una letra acompañaba
de aquellos pensamientos antiguos alguien real
surgió
y supo de aquel viaje y de todos los versos,
antiguos y nuevos.

SUTIL REVOLUCIÓN

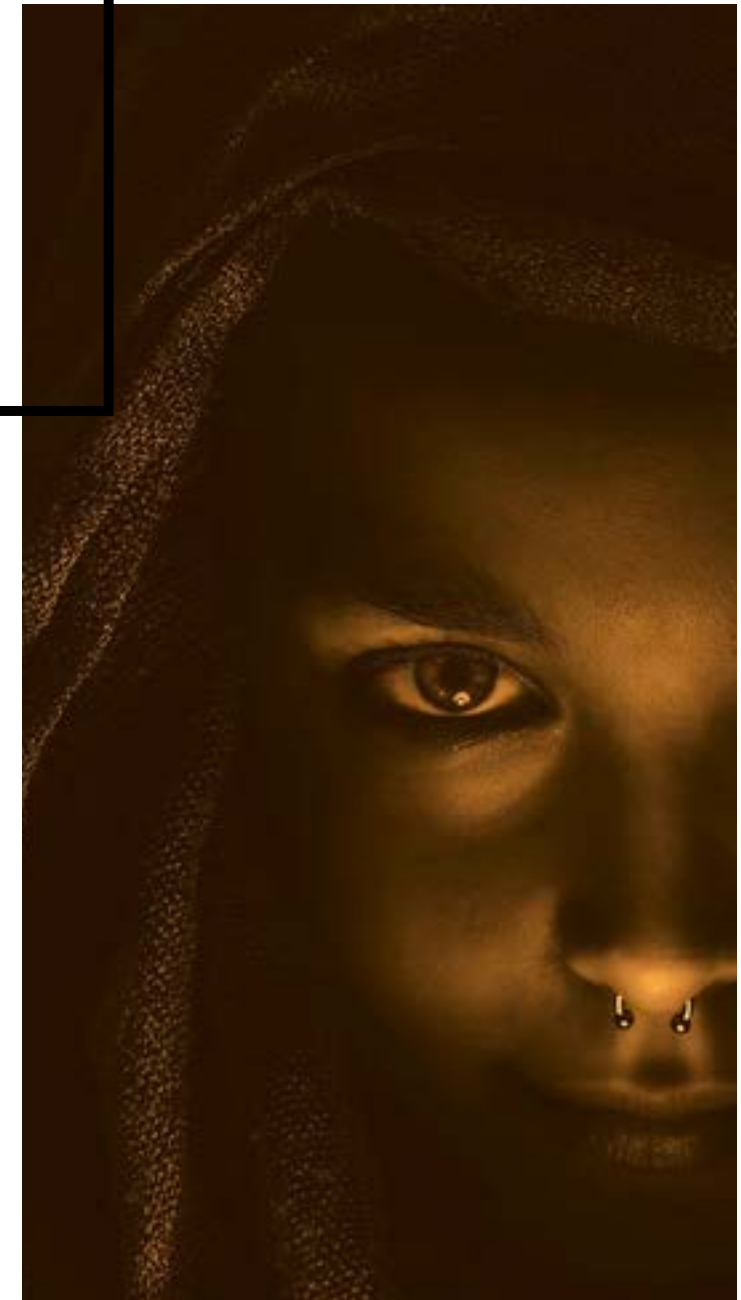
por Ninoska Carolina Guzmán

Quiénes las juzgaban por su cuerpo frágil
quiénes las menospreciaron por tener
cromosomas diferentes
no sabían su fórmula secreta
esa misma que sulfuriza sus entrañas.

Ellas, construyeron sus propios castillos
siendo sus cimientos
sus fuertes pensamientos
creando ventanas
con antorchas de esperanza
armando grandes portones
con esa energía dinámica de la naturaleza.

Cuando pensaban diferente
las culparon de brujas
cuando lucharon por sus derechos
las tildaron de locas.

Ellas, iniciaron una gran expedición
recorriendo mares de humillación
anduvieron por el camino pedregado de
exclusión
encendieron de valentía sus corazones
dando realce a su poderoso y real valor
ese mismo que ahora asusta a quiénes
hace algún tiempo se creían del sexo superior.



Ninoska Carolina Guzmán Ortíz: Huánuco, Perú (1994).
Sus escritos forman parte de publicaciones nacionales e internacionales. Su cuento "El gran recuerdo", forma parte del séptimo fascículo literario Letras en doble tiempo (2020), participa con el poema "Armoniosa compañía" en la antología poética: El deseo de Cupido, de la editorial argentina Ediciones Afrodita (2021), su poema "Sutil revolución" fue parte de la Convocatoria Mujeres Poetas 8M, organizado por el grupo editorial peruano Arteldea (2021). Participó con el poema "Estado vegetal" en el festival virtual: Arte mujer latina, evento organizado por el Instituto de cultura y turismo de San Gil y el equipo audiovisual de Lizk -Art(Colombia, 2021). Actualmente, está estructurando su primer poemario.

UN SEGUNDO

por Yanic Schebsdat Rivero

Alquilo al tiempo un segundo
para soñar en tu boca.
Espacio, el besar sofoca
mi anhelo de vagabundo.
Ansío un rozar profundo
entre mi lecho y tu piel.
Divago con el pincel
de mi sed en tu cadera.
¡Si eterno un segundo fuera
en esa cama de hotel!

El afán presto discurre
entre pasión y romance.
Ojalá un segundo alcance
para saber que le ocurre
a tu ser cuando susurre:
¡Esta noche vibraremos,
mientras fundidos daremos
intensidad a los besos!
¿Quién sabe por cuanto presos
en un segundo estaremos?

NIÑO ESCLAVO

por Yanic Schebsdat Rivero

"Niño esclavo"
Un pérfido hipócrita es,
asesino sin condena:
el hambre como la arena
serpentea entre sus pies.
¿Dónde queda la niñez?
¿Por qué está su ser desnudo?
El mundo es con él tan crudo
que a veces no lo resiste,
y queda esa imagen triste:
un niño que ya no pudo.

Con una daga en su seno
afrenta el trabajo duro.
¡Qué destino tan oscuro!
¡Qué gran miseria sin freno!
Una dosis de veneno
le inoculan a diario.
¡Miserable millonario!
Es un niño, y apenas tiene
diez años para que drene
su infancia por un salario.



Yanic Schebsdat Rivero, Nacido en Alemania el 28 de agosto de 2001 y nacionalizado cubano. Actualmente reside en Santo Domingo, Villa Clara, Cuba. He obtenido varias menciones en encuentros literarios y recientemente un premio en concurso Cuidarte, de la provincia.



FUGA VOLCÁNICA

por Frida López Rodríguez

a Mikis Theodorakis

El día de ayer todo el fuego
se incrustó como una piedra en el ojo
estalló como un saxofón en agonía
las tardes y las noches ahora son rojas
como la destrucción del iracundo
sálvese quien pueda en vigilia
la erupción no se detendrá
hasta que los hombres retornen
a los oficios más antiguos
ensuciándose las manos
apartando el peso de las cenizas
sobre una realidad que amenaza con extinguirse
en el zumbido de una turbina ofendida
por las injurias que no han cesado
desde que la primera estaca
fue clavada y destruyó el resquicio de luz
por el cual la piedad dejó de mirarnos.

Frida López Rodríguez

@FridaLopRod

*Tesis de la Licenciatura en Filosofía por la Facultad de
Filosofía y Letras de la UNAM. Integrante del Consejo
Consultivo de Jóvenes de Cultura UNAM y del Consejo
Editorial de la Revista de la Universidad.

Fue representante estudiantil en el Consejo Académico del
Área de las Humanidades y las Artes de la UNAM de 2016 a
2018.

CONTRACORRIENTE

por Frida López Rodríguez

Entre las tonalidades parcas
del metro de la Ciudad de México
algo fue arrojado en uno de sus túneles urbanos,
la tristeza saltó de un rostro desconocido a otro
y el reflejo de una roca gris golpeó
a las almas exhaustas que iban a bordo.

Durante el descenso metálico
reaparece el hastío con su traje negro y raído,
la apesadumbrada electricidad
se propone ingenuamente embaucar al tiempo
recorriendo las vías con el pulso a contracorriente.

La melodía en los vagones
reitera el silencio de las soledades conjuntadas
por la breve coincidencia de sus rutinas,
entre una y otra vida
no hay espacio para mirarse
acrecentándose el limbo de las grandes urbes.

El metro avanza, como lo hizo ayer,
un llanto discreto lo envuelve todo
en estos instantes de septiembre
en los que se intuye el final
con las lluvias bajando por las escaleras
de cada una de las estaciones
en las cuales nos abandonamos diariamente.



B U D A

por Rafael Pintos López

A mi amigo Enrique. Vos sabés quién sos.

Muchos de esos días medio vacíos y solos pensé en él. Muchos de esos domingos en los que uno termina de leer el libro y—todavía en robe al mediodía—empieza a considerar si todavía hay algo comestible en la heladera. Después de haber sido tan buenos amigos, de manera extraña, le había perdido la pista.

Habían pasado trabajos y noviecitas y casas. En mi caso, hasta dos matrimonios. Eran muchos años sin tener la menor novedad de él. Ahora me enteraba que estaba bien. En realidad, más que bien.

La persona que vi durante mi visita era la misma de siempre. Sin embargo, ahora es alguien más. Ya lo sé. Y todavía me parece mentira. Quizás por haber sido tan buenos amigos durante tanto tiempo.

El principio de nuestra amistad no fue nada especial. Me acuerdo que el invierno recién empezaba. Era hermoso ver a la gente con camperas y chaquetas gruesas. Daba una sensación como de holgura, de prosperidad. En Canberra por esas épocas se sentía que todo el mundo estaba haciendo algo, que todo el mundo compartía un plan. De alguna manera la escena se me viene a la cabeza como teniendo colores mucho más intensos de lo que son ahora. Es posible que lo fueran: era mil novecientos sesenta y nueve, y todos éramos medio hippies, aunque algunos no nos dábamos cuenta.

Como buena pareja joven con bebés, Celia y yo andábamos ocupados buscando ramitas y plumas para armar nuestro nido. Habíamos ido al Civic Centre a comprar un televisor, que por supuesto íbamos a pagar en tres años. Me acuerdo que salíamos de J.B.Young's llevando una caja de cartón con el televisor, cuando lo vimos por primera vez. En realidad, él se acercó a hablarnos:

-Excuse me, you're from Argentina, aren't you?— la pregunta era medio difícil de entender: una porque había un ruido bárbaro alrededor; otra porque la entonación del inglés estaba matizada con acento salteño, cosa que es posible, aunque no se da todos los días; y la tercera, porque la voz sonaba como temblorosa. Se veía que estaba haciendo un esfuerzo bárbaro. En Enrique todo era simple y sin pretensiones, hasta el pelo, castaño y ruliento. Con un sombrerito y unos tiradores podría haber sido Amish, el pobre. Creo que era porque en él había algo saludable, algo de campo. Tenía varios años menos que nosotros, así que nos parecía un pibe. Me acuerdo que usaba una campera azul, con camisa Grafa y unos jeans.

— Beg your pardon? —dijo Celia, que era medio dura de oído en el mejor de los casos.

— No, les preguntaba si son argentinos. Los oí hablar cuando pasaban, y ese acento porteño es como una bandera al viento. Es un poco así ¿no les parece?

Nos gustó el cumplido. —Casi tirando a poético, me dijo Celia después, en el auto. A mí me pareció que eso de empezar a hablar diciendo “no”, como excusándose, y terminar en “no”, como pidiendo asentimiento, indicaba una inseguridad increíble. “Joven e inseguro”, pensé.

Nuevos en Canberra, Celia y yo teníamos muy pocos amigos. De cualquier modo, quedamos en que viniera a casa un par de horas después, a tomar un café con nosotros. Apareció un rato antes de lo convenido. Celia sacó unos tazones con café humeante y nos largamos a charlar de mil cosas. Enrique parecía como hambreado de compañía, igual que nosotros.

No fue difícil hacernos amigos. Por supuesto, estaba todo eso en común que tenemos los argentinos de la diáspora. Pero había bastante más: le gustaba la literatura; hablaba con toda soltura de gente como Ferlinghetti, por ejemplo. En esa época, oír a un argentino joven hablar de los beatniks no era una cosa tan rara. Ni de Kerouac, tampoco. Esa noche pasamos de Howl a Herman Hesse en unos minutos. Pero no nos quedamos ahí. Para las tres y media de la mañana ya no había ni café ni cigarrillos, y hasta le habíamos empezado a hacer mella a la yerba. Para las cinco, estábamos en pleno Cortázar. Aunque era mucho más joven que nosotros, Enrique era el tipo de persona que habría sido amigo nuestro en Buenos Aires.

Seguimos viéndonos. Muchas, muchas veces. La amistad con Enrique se fue afianzando a través de incontables cafés y salidas y mudanzas y viajes y proyectos juntos. Por supuesto, volvimos a hablar de literatura. Hablamos de religión y filosofía. Estaba muy interesado en el budismo zen.

— Lo que me fascina de los Beatniks—solía decirme, dándole pitadas a un bong de bambú que se había hecho—es cómo se mezclaban sin dramas con drogadictos y mendigos. Poder andar por ahí sin barreras. Vivir en un mundo de adultos que no tienen ni reglamentos ni familia ni responsabilidades. Absorber esa experiencia medio animalesca. Como hacerse amigo de lobos. Quizás por ahí ande la verdad, si es que existe, la muy puta.

Yo, alentando su inocente imaginación un poco sobradamente, le contaba anécdotas de un primo segundo mío, de familia muy bien, que cada año y medio más o menos, se iba por ahí de vagabundo, pero no como los chicos de ahora, sino de linyera de veras. Vivía meses sin un mango, como los lirios del campo, y después aparecía en su casa, cansado y mugriento. La familia sabía que no había que hacer preguntas. Al tiempo, él solo se iba abriendo con los demás, y por ahí, alguna sobremesa que otra, salían a la superficie las historias de viajes y aventuras.

Enrique y yo sabíamos que muchos autores habían tratado el tema y que no era coincidencia. Definitivamente había una línea que iba, por ejemplo, del surrealismo de Horacio Oliveira y su famosa experiencia con los clochards, al budismo zen. ¿Dónde estaba el camino? Enrique se reía de que yo había ido a aprender japonés para poder leer a Suzuki. Un sueño loco. Y sin embargo iba a trabajar a la oficina todos los días. ¿De qué manera se podían reconciliar la palabra “satori” con la palabra “periodista”?

La década del sesenta fue una época de búsqueda en el Occidente. Los jóvenes querían encontrar algo espiritual que no se podía encontrar acá. Muchos habían ido a la India. Muchos fueron al Tíbet y a Japón. Quizás vivir acá fuera cómodo pero no llevaba a la sabiduría, a la felicidad, ¿ni a estar un poco más contento con la vida?

Las drogas y las alucinaciones inducidas te daban una idea transitoria de cómo podía ser. Los Beatles lo andaban buscando. Por un momento pareció como si los hongos mágicos, Ravi Shankar y Santana te podían guiar hasta ahí. Por lo que yo sabía, ningún occidental había oído el aplauso de una sola mano.

— Vos sos un oxímoron con patas—me decía con su voz salteña— ¿dónde viste un periodista zen? No existe, negro. Tenés que largar y empezar de nuevo.

— Lamentablemente no se puede volver el tiempo atrás. Lo único que puedo hacer es acercarme al asunto por donde se me dé. Hay gente a la que el destino la lleva hacia ciertos lados. Hay monjes que para iluminarse hacen lo mismo todos los días, durante toda una vida. Y hay locos a los que les pasa de la noche a la mañana. Pero existen muchos caminos hacia el satori. —intentaba contestarle yo, medio ofendido.

— No jodas, che, a vos te parece absurdo que Siddharta termine siendo botero. Lo absurdo sería que fuera otra cosa, ¿te das cuenta? No hay gerentes, ni diputados, ni profesores universitarios que siquiera se acerquen a la sabiduría. No que yo sepa, anyway. No es oriente contra occidente como vos creés. Algunos griegos andaban cerca, no te olvides que Diógenes vivía en un barril, debía ser bien piola el viejo. Si es un asunto de clase social, o política, acordate que siempre la izquierda está más cerca de la verdad.

La voz tenía un poco de acusación, y la acusación era de que yo era medio mojigato. Para llegar a algún lado había que largarse, y no había límites que lo pudieran detener a uno.

Al año, más o menos, Enrique se fue a hacer su versión de la Grand Tour por Europa.

Las cartas y las postales empezaron a llegar desde el barco. Fotos de Sudáfrica... después, largas cartas desde Alemania y Francia. El viaje pasó a ser una peregrinación literaria. Enrique mandaba recortes de diarios, tarjetas, pedazos de papel que tenía a mano, desde el Café des Deux-Magots y lugares por el estilo. Después de unos meses, las cartas empezaron a ralear. Llegó una desde Kensington, y después nada. En esa época uno, desde este lado, no tenía manera de ponerse en contacto, porque el tipo andaba de un lugar a otro y, para el momento en que nos llegaba una dirección, ya se había ido.

Pasaron dos años. En algún momento alguien me dijo que Enrique volvía, así que averigüé la fecha y el número de vuelo y ese día me fui al aeropuerto a esperarlo... Cuando bajó del avión, ni la familia lo reconoció. El cambio, por lo menos en la superficie, era extraordinario: lucía un afro como de unos cincuenta centímetros de envergadura, barba, botas plateadas hasta la rodilla, campera muy cortita, y una capa roja arriba. Tenía beads por todos lados, y estoy seguro que el aroma de patchouli les debe haber resultado bastante insufrible a las pobres azafatas. Parecía como si se hubiera sumergido en perfume.

Como decía, ser joven es buscar. Y la búsqueda de Enrique se había cruzado con la tangente del hippiedom en un squat de Londres. Había encontrado una identidad que le resultaba bastante cómoda. Es posible que no hubiera estado hecha a medida para él, pero andaba cerca.

El cambio de apariencia era total. Las ideas eran las mismas, aunque cualquiera podía notar que estaban un tanto más refinadas. Por ese entonces, la noción de que Enrique fuera focussed, como se dice en inglés (u obseso, como arriesgarían algunos en castellano) no se me había pasado por la cabeza. El gran cambio que se notaba a partir del viaje a Europa era más que superficial: Enrique tenía un plan y lo estaba aplicando a su vida.

Volvimos a las largas charlas armados de tazas de café y porros de marihuana. Volvimos a la literatura y al zen. La única diferencia era que ahora Enrique había adoptado una vida muy de alternativa que yo no conocía del todo. Antes, la diferencia de edad me había dado la posibilidad de contarle experiencias medio paternalmente.

Ahora me resultaba muy difícil darle consejos sobre la vida a alguien que había pasado seis meses en una granja de rehabilitación para drogadictos. Enrique nunca había hecho drogas duras, pero había vivido con ellos porque tenía amigos que eran junkies, porque le salía casi gratis y porque había aprendido a aceptar muchas cosas que yo no podía aceptar.

Un día habíamos ido a pescar a Scrivener Dam, que es un lugar tranquilo y bastante macanudo para las truchas. Enrique pescaba bien aunque de vez en cuando le agarraban esos escrúpulos que tienen los vegetarianos, cosa que yo exacerbaba con mis bromas. Lo puedo ver, en cuclillas, desenredando una línea, cuando se dio vuelta y me dijo:

¿Vos te das cuenta, negro, que la gente como Buda, como Jesucristo, como Lao Tzu, usaba parábolas y símiles y figuras por el estilo? Lo mismo que los monjes japoneses con los koan. ¿Te parece que nuestra lógica distorsionará tanto? ¿Estaremos tan tarados que nos tienen que explicar las cosas con figuritas? —Enrique me hablaba a mí, pero era como si se estuviera cuestionando a sí mismo en voz alta.

— Vos sí que no tenés puta idea de lo que te pasa alrededor. Si andás volado casi todo el día. No, hablando en serio, me imagino que lo hacen porque no hay otra. Es como querer explicarle a un ratón lo que le pasa por la cabeza a un ser humano, más o menos lo mismo. Mirá, estoy seguro que haber alcanzado el satori significa entender por qué hoy, por ejemplo, se me vino a la cabeza una mañana de invierno en Playa Grande mientras me afeitaba, o por qué...

— Sí, eso también, pero para eso hay explicaciones fisiológicas y psicológicas. Es como el déjà vu. Lo importante es entender por qué lo absurdo también tiene sentido. El sonido del árbol que se cae en el bosque y esas cosas. Lo importante tiene que ser poder entrar en la vida ilógica, si me entendés, poder rajarse de toda esta mierda aristotélica que nos meten desde que somos chicos. Entender es ser libre. Puta, sería tan hermoso, ¿no? Uno casi lo puede presentir.

La casa de plan de vivienda a la que se fue a vivir estaba bastante viejita. Era de mil novecientos treinta o por ahí. Alguien la había abandonado y una comuna de hippies la ocupaba alegremente. Esa época me vuelve medio como una nebulosa a la mente... Aparte del árbol de papel maché en el medio del living room, la imagen más clara quizás sea la de las paredes interiores de la casa, casi inexistentes, carcomidas por enormes boquetes tamaño puerta. Los hippies andaban por esa casa abierta, en un constante y lento hormigueo cargado de droga y artesanías coloridas... Enrique y su novia tenían una cucheta en el piso de arriba.

Un año después, alguien trajo novedades de Bhagwan a la comuna.

A Enrique no le tomó demasiado meterse con todo.

A mí me costaba entender tanta dedicación. Tanta devoción a esa doctrina oscura que terminó siendo un fraude, una estafa de un falso guru. En el caso de Enrique, era como si los objetivos le hubieran crecido desde el cuerpo y se le hubieran extendido a la ropa. Pero es que en esa época yo tampoco me daba cuenta que las realidades eran muchas. Para mí las cosas eran en blanco y negro, y había verdades y mentiras.

Lo seguí viendo un par de años. Siempre vestido de anaranjado, con un collar de cuentas y un retrato de Bhagwan colgado del cuello. Seguimos charlando sobre las cosas de siempre, pero la espontaneidad había desaparecido. A mi modo de ver, era como tener un amigo cura, aunque la situación era muy diferente.

Supe que se fue con su mujer a un ashram en Poona, en la India. Al año siguiente, alguien me dijo que lo había visto en una granja que tenía Bhagwan en Oregón. Después vinieron todos esos años de silencio.

.....

El año pasado, para Navidad, un amigo que trabaja en el Sydney Morning Herald me ofreció colaborar en un trabajo en Los Angeles. Era con el Los Angeles Times. Se trataba de una comparación entre el multiculturalismo en Australia y la vida de la colectividad chicana en California. Muy interesante. Por supuesto, agarré viaje sin pensarlo demasiado. No me tomó ni un segundo.

Hacia mucho que Celia no estaba conmigo. Mis hijos ya eran hombres. Me podía movilizar de un día para otro on assignment sin tener que estar pensando en responsabilidades de mayor importancia: no había nadie que quedara esperando con la cena en el horno. Convencer a Jenny, mi vecina, para que le diera de comer a Sweetie y sacara la correspondencia de la letterbox, no fue demasiado difícil. En cuanto terminé con esos detalles, lo único que me quedó por organizar fue la ropa en la valija.

Después de un viaje fantástico, gracias al estatepiolita que nos tomamos con mi colega al salir de Sydney, llegamos casi sin jetlag, como al mediodía. Dejamos las valijas en uno de los moteles de alrededor del aeropuerto, y salimos como tiro para East L.A., a entrevistar a dos personajes de la colectividad chicana que, entre paréntesis, resultaron tipos bastante macanudos. No teníamos demasiado tiempo, así que la parte social del viaje fue un tanto limitada.

Por suerte hubo unos pocos momentos en los que pude charlar de generalidades con una de las dos personas que íbamos a entrevistar, una pintora mejicana que se dedicaba a enormes murales de tintes verdosos tirando a orgánicos. Nos pusimos a hablar sobre el catolicismo y las procesiones, sobre el colorido y las hermosas expresiones en las caras de la gente en momentos como éstos. Ella estaba de acuerdo conmigo que en lugares como México y el Sur de España las procesiones eran una cosa increíblemente arraigada y sentida a fondo. Más que en otras partes del mundo, creía.

— Después de haber visto el fervor de los sevillanos en Semana Santa, lamento que el asunto no se haya mantenido más en la Argentina, o por lo menos en Buenos Aires, porque me imagino que en lugares como Salta o en otras provincias del Norte, las procesiones deben seguir siendo muy tradicionales y muy de veras. Es parte de ser latinoamericano o de ser hispano, como los gringos nos llaman acá en L.A.

— Oye, qué interesante que me digas eso: hace un par de días estuve hablando con un amigo salteño que me quiere convencer para que vaya a Salta a pintar las caras de la gente de allá. El también estuvo en Australia, así que quizás lo conocas ...

— Se llama Enrique González Lucca— la vi sonreírse al notar mi asombro ante el mundo, que estaba cada día más chico. Por supuesto, en seguida le pedí el número de teléfono y la dirección para ir a verlo.

Normalmente encuentro que los anocheceres en los Estados Unidos me causan una sensación casi física de soledad, de humildad. No sé, un poco como estar en un barco, en medio del océano y salir a la cubierta en plena noche. Uno se siente chiquito. Creo que la sensación en Estados Unidos también tiene que ver con lo inmenso que es todo. Y no importa qué esté haciendo uno, o con quién esté. Especialmente en Los Ángeles. Especialmente en Navidad.

La tarde estaba tirando a fresca. El taxista—un morocho charlatán que posiblemente me haya llevado a dar más de una vuelta innecesaria—me fue contando cómo le habían dado un ascenso a su cuñado, que había empezado como electricista para Otis, porque “Ése sí que sabe hablar”. Al llegar a la dirección que me tenía anotada, bien en la punta de Anaheim, me encontré con un chalet tipo suburbio de L.A., sencillo pero bastante más burgués de lo que esperaba.

Enrique me estaba esperando en el jardín. Tenía un brazo sobre el hombro de Lupita. Mientras el taxi entraba al driveway, discutían cómo podar un mirto. Ella era una belleza latina, amplia, sonriente, de pómulos altos y pelo renegrado, atado en una sola trenza. A él se lo notaba bastante más gordo de lo que yo lo recordaba, en sus dungarees, y con los rulos casi totalmente encanecidos.

Como solo pasa con los buenos amigos, fue como volvernos a ver después de un par de días. Las carcajadas de Enrique retumbaban por la casa. Lupe se reía también, quizás sin darse cuenta, y su risa tenía un efecto mágico. Iluminaba el ambiente. Todo era contagioso. Y estoy seguro que ella apenas entendía porqué las anécdotas tenían la gracia que tenían.

Después de una cena demasiado mejicana para mi gusto, pero bien sabrosa, Enrique y yo nos sentamos un rato más con dos enormes tazones de café, mientras Lupe planchaba, a la distancia, distraída en su mundo.

—¿Y...? —levanté la cabeza, cuestionando. La pregunta era escueta pero bien abarcadora.

— Mirá, la carpintería siempre fue lo mío. Aparte, acá en California uno no puede dejar de estar cómodo. — Enrique me estaba esquivando la respuesta con la cosa chica.

— Sí, pero ¿por qué Los Ángeles? ¿por qué carpintero acá? ¿cómo te decidiste a hacer esto? ¿Es esto lo que querés hacer?

— Ahhh... — la cara le cambió y tomó un matiz distinto, como distante — ¿Por qué no?, bueno, en realidad no hay una respuesta. Y no hay una respuesta porque no es importante. Vos no te preocupes, donde sea que esté, y haga lo que haga, voy a ser feliz, estoy seguro. En fin, es largo de explicar. Dejame que te cuente algo: en Yakarta conocí un holandés que era daltónico. Wilhelm se llamaba, me acuerdo. Pobre tipo, veía solamente en blanco y negro. Te imaginás. Toda la vida, viendo las cosas en blanco y negro, ¿qué maldición, no? La cuestión es que un día, charlando de boludeces, me contó que él una vez había visto colores. Le había pasado de repente, volviendo de un partido de fútbol en Surabaya. Dice que fue como una explosión. Paró el coche y miró alrededor. Y vio la escena más hermosa de su vida. Todo en technicolor. Vio el color rosado de su piel, el marrón de los zapatos que tenía puestos, los detalles de una revista que había dejado sobre el asiento de al lado. Vio el verde de las plantas que lo rodeaban y el gris del camino con reflejos verdosos que brillaban a la distancia. Descubrió que su coche era de un borravino subido. Y vio matices y mezclas de colores. (Cuando Willy me lo contaba yo me imaginaba algo irreal y fantástico. Ficción transformándose en realidad y viceversa. Pero la experiencia, en la vida real, no es como la de Don Juan, el de Castañeda, nada que ver con San José de Cupertino, levitando en la iglesia). Lamentablemente, al pobre Willy la visión le duró unos quince minutos. Me sentí muy mal por él. Era su karma, me imagino. Pero qué jodido, ¿no? Lo interesante es cuando uno puede ver los colores y el cambio es permanente.

Lo que Enrique me estaba contando era una parábola y una metáfora. Sabía que me había tomado por sorpresa y que yo estaba intentando entender el significado.

— ¿Qué me querés decir? — la ansiedad de la pregunta me cambió el tono de la voz.

— Hay maneras y maneras en que la gente puede entender las cosas. Mucha gente no puede aceptar que todo fluye, que todo cambia. Yo entiendo, hasta en el más ínfimo detalle, cómo vos y yo somos la misma persona. Pero no hay misticismo, no hay nada sofisticado. Solamente lo sé. — La sonrisa, que ya le había vuelto a los labios, se transformó en una carcajada.

— No me jodas, Enrique ¿de veras? —la parábola se fue haciendo cada vez más clara— Yo soy el que no se podía reconciliar con la idea de que Siddharta fuera botero...

— Ahh... me dijo, largándose en inglés —but then you were young, and the Gates of Wisdom are rarely open to the young, como vos bien sabés. Hay un camino, y hay práctica. Práctica. Lo hemos charlado mil veces. Un día se llega al total desprendimiento, eso es todo. Uno es. Y no es.—Dijo, humildemente. En ese momento la sonrisa de Enrique irradió algo totalmente indescriptible que la hacía sentir irreal.

Entendí que estaba ante una presencia grandiosa. Había una luminosidad espectacular, mezcla de amor y verdad, que permeaba todo el cuarto y me llegaba hasta los huesos: Buda.

— I'm impressed, man— le dije, sin esperar respuesta —comenzaba a sentir lo augusto de su presencia— Lograste ...

— Soy feliz. Y carpintero. Veo las cosas con toda claridad. Punto. — En ese momento flotaba una increíble sensación de felicidad a su alrededor. Me fue transmitida como por ósmosis.

— ¿Andás en algo más? — le pregunté, un poco perdido.

— Si te querés a vos mismo y querés a la gente, no hay mucho más que puedas hacer.

Después del abrazo, y la despedida, después de las risas en el jardín, al lado del driveway, la sensación de irrealidad no se me iba.

— where are you going ?— preguntó el taxista sin demasiado interés.

— Holiday Inn. The one near the airport.

— OK. No problem.

Le dije que le notaba algo de ruso en el acento. Me contó que era de Azerbaiyán. Se volvía a Baku en dos semanas. A toda su familia le había ido muy bien con lo del petróleo. Él era el único —me dijo— al que se le había escapado la oportunidad por intentar demasiado, por irse a América a hacerse rico.

Este cuento es parte de un libro a publicarse próximamente: “Cuentos de la diáspora argentina”.



Rafael Pintos-López

Nació en Santiago del Estero, Argentina, pero vive en Australia hace mucho. Apasionado por la lingüística y los idiomas, enseñó traductorado y castellano en la Universidad de Canberra durante varios años. Ha publicado libros en inglés y castellano. Ha escrito cuentos, poemas y artículos para revistas físicas y virtuales en Europa y Argentina, ninguno de ellos importante. Es polifacético, con actividades diversas, como los inventos (sin éxito), la pintura y el diseño de joyería, la escultura, la cerámica, la religión, la filosofía, la historia y el idioma japonés, entre otros. Ha recibido algunos premios de pintura. Como sucede con cualquier cuentista, no hay que creer nada de lo que escribe.

MORIR EN INVIERNO

por Mónica T. Müller

Mientras las esperaba me acerqué a la mesada, busqué la taza y la llené de café. Llovía despacio desde la mañana. Los días de invierno me predisponían a dormir, pero en ese momento me aguanté. Supuse que a mi madre le iban a molestar los bostezos y la hermana que me había tocado en suerte diría: que era un maleducado y desapareciera de su vista. En realidad, disfrutaba sobremanera ponerlas nerviosas.

“Morir en Julio, no me gusta”, pensé. “Pobre, don Rogelio”.

en el cajón me escabullí a la vivienda trasera. Cuando volví al negocio cubierto con un Talit Katán y su tzitzit, el anciano vecino colocó una mano sobre el lado izquierdo del pecho y se sentó en la silla cercana. Noté la palidez del rostro y corrí hasta la casa del fondo. **“Seguro que se enojó”,** pensé. Me quité el Talit, vestí una remera y guardé todo lo utilizado en el ropero del vecino. Cuando regresé al local, don Rogelio permanecía sentado. Al pasar hacia la salida lo miré de reojo. Casi al pisar la vereda me pareció oír la voz del viejo como un susurro.

--Hijo, esa vestimenta no es para jugar...

Bajé la cabeza y me fui sin decir palabra.

“Morir en Julio, no me gusta”, volví a pensar.

Seguí sorbiendo el café sentado sobre una de las cuatro sillas de caño, que amoblaban la cocina.

“Morir en invierno, no me gusta” dije en voz alta. **“No las pienso acompañar al cementerio.”.** Grité al sentir una opresión en la cabeza.

Cerré los ojos para cavilar en la maldad de mi madre y hermana. Para ellas todo lo que yo decía o hacía estaba mal. Traté de doblegar los pensamientos, pero fue un esfuerzo inútil.

Miré la hora en el reloj colgante. Tardaban demasiado **“¿En qué andarán?”,** me pregunté.

Desde que le tiré una cacerola de agua hirviendo al perro bulldog que olía todas las mañanas la tierra del jardín, las noté diferentes. Cuando se enteraron que había donado a Caritas de la iglesia del barrio el reloj de oro del abuelo, confirmé que me odiaban.

“Que al pobre lo entierren lejos, es otra desgracia”, hablé en voz alta y seguí: **“Y que lo desnuden, peor”.**

Recapacité que nada le debía al carpintero, por el contrario, seguro que el muerto tendría que agradecer morir a los ochenta antes de que la familia lo envenenara por ser un viejo avaro. El ropero donde guardaba joyas y la ropa para ir a la Sinagoga podía resultar un testigo fiel. El viejo ya no leería más mis pensamientos. Cada vez que iba a la carpintería, me decía:

--- Esos pensamientos, Mario. Los leo en tus ojos.

Y lo cierto fue que siempre acertó lo que yo pensaba.

No llovía. Oí ruidos en la calle. Esquivé los sillones y la mesa. Caminé hasta una de las ventanas del living e intenté ver qué pasaba. Estaba nervioso desde el día anterior y aunque había ingerido la puta pastilla, no logré calmarme.

Un furgón estaba estacionado frente a casa. Limpié los vidrios empañados de otra ventana, vi a mi madre y hermana que se acercaban con dos hombres por el camino de lajas. Otros dos vestidos de blanco habían quedado junto al portón de hierro.

Oí el ruido de la llave en la cerradura y apuré el paso hacia la cocina. Mis casi cincuenta años ignoraron la causa de la prisa.

--- **¡Mario!**-era la voz de mi madre- Vení, vamos a dar el pésame a la familia de don Rogelio.

Me tapé la cara con las manos para esconderme. La cocina de golpe olió diferente. Alguien me puso una mano en la espalda y otras pasaron una prenda por sobre la cabeza. Me inmovilizaron mientras, unas gasas con olor raro taparon mi boca y nariz.

Yo estaba perplejo sobre la camilla. Una mosca rondaba por mi rostro sin decidir dónde posarse. El furgón era una ambulancia con amortiguadores vencidos. Me pareció divisar la cara del carpintero que me miraba sonriente, aparecía y desaparecía, su figura flameaba como una tela al viento. Yo no podía mover los brazos que permanecían trenzados abrazando el cuerpo. Una de las dos personas vestidas de blanco con corbatas moradas, sentadas a mi lado con caras de nada, opinaron que mis ojos negros contemplaban sin expresión. Aquellas voces guardaron un laberinto de interrogantes sin respuesta. Apreté los dientes, pero la rabia quedó presa por los efectos de un pinchazo.

Desperté atado a una cama. Presté atención a sonidos en el fondo del cuarto. Don Rogelio me llamaba. El rostro del viejo con la palidez de un cadáver, pasaba de una a otra pared del lugar. Por momentos se perdía en la oscuridad, luego aparecía iluminado. Más sombras se chocaban en un contorno indefinido.

Me sentí desconcertado. Algo que no advertí había cambiado mi vida. Imaginé que quizá viviera en un sueño destructor de mis pensamientos. Abrí la boca y lancé un aullido.

Con el pasar de las horas me trasladaron a un lugar en el que no estaba solo, pero sin ataduras. Un patio amplio en el que nadie hablaba, solo caminaban. Los hombres se movían indiferentes ante mi presencia. Nada indicaba que me vieran. Estábamos transitando invisibles en la trastienda del mundo.

Me dolían las articulaciones. Carecía de fuerza hasta para mover una mano. Creí saber en dónde estaba. Ellas, las dos mujeres que resultaron ser las juezas implacables de mi existencia, habían logrado internarme como hacía tiempo me amenazaban.

En aquellos momentos, sentí terror al fúnebre silencio en el que se presentaba a diario el carpintero. No calmaban mi desconuelo ni las pocas palabras con las que trataba de conectarme con el muerto. La sonrisa custodiada por los dientes amarillos del viejo, era una tortura bien planeada.

Un paredón alto tapiaba los límites del patio en el que transcurrían varias horas. Me buscaron para llevarme por pasillos, en los que retumbaban hasta las gomas de las zapatillas y las paredes se ondulaban a nuestro paso. Pensé que quizá fuera un cortejo de despedida sin ataúd. Me persigné mentalmente. Me percataba que me transportaban como a un descarte de carne para la mortaja.

Dejamos atrás la construcción de altas paredes y ventanas enrejadas. El olor fétido, al que me estaba acostumbrando, dio paso al aire fresco de un espacio poblado de árboles y senderos que se bifurcaban

Varios pabellones, no muy diferentes al sector del que habíamos salido, confrontaban la vejez de sus pinturas y el deterioro de los revoques. Quien imaginé era un enfermero, abrió la puerta y me señaló que avanzara hasta la mesa en la que dos personas, de espaldas, aguardaban.

No me quedaba más que obedecer. Observé que don Rogelio me guiñaba un ojo desde una esquina del techo y me senté. Su presencia continua era un tormento. Ellas, eran las dos personas.

---**Traidoras**- murmuré.

---**Hijo, perdóname. Es para que nada te suceda.**

---**Hermano, mamá está en lo cierto. Aquí estás cuidado. Mejorarás pronto.**

La ropa negra de ambas, acentuaba las delgadeces y parecía que profundizaba sus ojeras. Cada una me acariciaba las manos, apoyadas sobre la mesa, con actitud de falsa ternura.

El hombre de azul estaba en una postura vigilante y atenta.

---**Nos dijo el doctor que te controla...que te controla...que te controla...**

Me agarré la cabeza y la presioné con las manos. Las palabras lastimaban, cada letra era un golpe asestado con crueldad. Mis movimientos lentos imposibilitaron una reacción desmedida. La oscuridad me acaparó.

Don Rogelio reía a carcajadas y su figura volaba por la estancia. Golpeaba contra los hierros grises de la cama, subía y se hamacaba sentado sobre el plato, que protegía la lámpara, que colgaba del techo. La curva de su nariz se agrandaba y achicaba en cada movimiento. Por segundos, la transparencia de la carne mostraba huesos que refulgían en la penumbra de los huecos.

--- **¿Mario, qué te pasa?**- Ella gritaba mientras sacudía mi cuerpo laxo. Supuse que mis ojos miraban desorbitados las paredes del cuarto.- hijo querido- y la mentira le permitió decir:- ibas a ir preso.

--- **¡Mario! ¡Qué te pasa, contesta!**- Mi hermana gritó. Oí su llanto mentiroso, pero yo estaba sumergido en la turbulenta atmósfera del miedo. Mis pensamientos sucumbían ante las barreras de una trama maléfica, que mi hermana y madre, habían maquinado.

Entonces, el carpintero hizo magia sobre la pared azulejada. Comenzaron a proyectarse escenas de aquél día en el que yo había ingresado al negocio vestido con el Talit Katán. La magia mostró que, en un instante, el anciano vecino colocó una mano sobre el lado izquierdo del pecho y se desplomó en la silla cercana. Un cuchillo había ingresado en su cuerpo hasta el mango. Yo estaba allí. Miré al viejo y corrí a la casa del fondo de la carpintería. Me quité el Talit ensangrentado, en el limpié las manos y lo guardé adentro del ropero. Me puse la remera dejada sobre la cama. Cuando regresé al local, don Rogelio permanecía sentado, muerto. Entonces me sumergí en un súbito silencio. Por una desconocida explicación y desde esa calma voraz que me engullía, pude oír y ver.

El enfermero llamó por auxilio. Mi madre y hermana besaron mi rostro. Me sentí exhausto. El velo irracional se apoderó en un instante de mi verdad. Advertí que la sombra del viejo carpintero estaba ahí. Se desplazó sin parar hasta que su negrura pintó mi cama y como si hubiera leído mis pensamientos, murmuró: "Es horrible morir en invierno, Mario. Ya lo sabrás. Te perdono."

Mónica Teresa Müller

Nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.



ROSAS EN EL ÁNFORA

por Sara Ortíz

Todas las mañanas me siento frente a la ventana para mirar el lugar donde mi hermana y yo perdimos el alma. Se trata de un umbroso jardín con árboles enormes que se mueven cansados. Al fondo hay una vieja casa que parece encerrar una soledad polvosa y húmeda; sin embargo, en medio de toda esa penumbra florecen, como cuidados por manos hábiles, unos hermosos rosales. Mamá nos impedía acercarnos. Si le preguntábamos sobre las personas que habitaban esa casa, decía que nunca había visto entrar o salir a alguien. Pese a sus advertencias y ala alta reja que rodeaba el jardín, pasamos la tarde del sábado planeando cómo entrar. Sólo pensábamos en la cara feliz de mamá al ver su jarrón favorito colmado de rosas. A la mañana siguiente fuimos temprano a misa. Cuando salimos de la iglesia noté que una mujer nos miraba con insistencia. Ya en casa, convencimos a mamá para que nos dejara jugar en el pórtico. Cruzamos la calle con sigilo, nos paramos junto a la reja y con gran sorpresa nos dimos cuenta que el herrumbroso candado estaba abierto. Hubo un momento de duda pero el perfume de las rosas nos animó a entrar. Elegíamos una y luego otra, a cada paso encontrábamos una más bella. De pronto escuchamos un rumor de pasos a nuestra espalda. Nos quedamos quietas, mientras el miedo inundaba nuestros cuerpos. Pensé que mamá nos había descubierto.

Cuando me volví para explicarle, mis ojos se toparon con los de la vieja más horrible que hubiera imaginado. Con una de sus torcidas manos nos ofrecía unas tijeras oxidadas y con la otra señalaba los rosales. Intentamos huir pero por todos lados aparecían viejas idénticas que inundaban el aire con su rancio aroma. No pudimos contener la náusea y vomitamos fragmentos dela hostia que acabábamos de comulgar. Las viejas se empujaban unas a otras, para ser salpicadas por la sustancia que salía de nuestras bocas. Poco a poco sus quebradas risas cesaron y ellas desaparecieron. Mi hermana y yo nos miramos sin expresión y caminamos de regreso a casa. Ya no sentíamos miedo. Ya no sentíamos nada, ni siquiera nos sorprendió el jarrón lleno de rosas sobre la mesa. Poco después mamá murió. No hubo lágrimas ni tristeza. En nuestros cuerpos sólo habita el recuerdo de aquel día.

Sara Ortíz. Nació en la Ciudad de México, al ritmo del danzón y el mambo. Licenciada en educación Egresada de la SOGEM en los años noventas. Le gusta leer cuentos y novelas, contar historias que pretenden ser para niños, pero caprichosas, siempre van por donde quieren.

ULISES REGRESA TODAS LAS TARDES EN AUTOBÚS A ÍTACA

por **Álvaro Sánchez Ortiz**

Ulises regresa de Troya, es decir, del distrito financiero que es como un tumor de primer mundo en la urbe que paga con su deformidad los años y los siglos de corrupción, violencia y cinismo que la han lacerado.

Le llama Troya porque está amurallada: aquí sí recogen la basura y la policía sí atrapa a los delincuentes, nunca se va la luz y las áreas verdes son verdes –no cuadros de tierra–, las obras se terminan y tienen sentido. Quién sabe si hayan secuestrado a Helena, lo que sí es seguro es que esta zona acapara la belleza ausente en tantas otras colonias.

Ulises regresa de su guerra particular contra el desempleo y la consecuente miseria. No es espartano ni ateniense, es Godínez. Pero sus pies marchan igual de cansados que los de aquellos guerreros lejanos en los siglos, cuando vuelve –no sabe si triunfador o vencido– a su Ítaca particular, donde su fiel Penélope lo espera, aunque no se llama Penélope y no podría asegurar si le es fiel. Le parece ver cariño en sus ojos, pero siempre está abierta la posibilidad de que alguien mejor ubicado en el organigrama trate de pasar su flecha por los doce anillos y adquiera el derecho de usufructuar su cena, su tele y su lecho.



Ulises supone que Circe trabaja para la línea de transporte público, pues cada pasajero que sube se transforma en cerdo en cuanto termina de pagar su viaje. Ulises, fecundo en ardides, ha ideado diversas maneras de evitar los empujones, arrimones e intentos de sacarle el celular, hasta ahora con buena fortuna.

En las largas y oscuras calles flanqueadas por altos muros de ladrillo, Ulises sabe que debe guardarse de la cantina “La cueva de Polifemo”. Al dueño y cantinero, un tuerto aficionado a la barbacoa, lo ha visto devorar muchos hombres: los deja beber para que se endeuden y luego les quita todo lo que tienen hasta el último día de sus pinchurrientas vidas, cuando amanecen hinchados sobre las vías del tren. Le encantaría clavarle una estaca en el ojo que le queda, pero el Polifemo –y nótese el estatus que confiere el artículo–, es pariente del delegado y, si se metiera con él, podría hacer que Ulises tardara veinte años en volver a su Ítaca.

Ulises escucha a las sirenas: mujeres viejas, tan maquilladas que parecen el Eso, quienes buscan cliente, y un perchero de silicones que antes se llamaba Rosendo y todavía trae premio. No es necesario que se ponga cera en los oídos. Conoce su canto y no se deja inmutar por él. Una de ellas, la más vieja, es la misma que quiso iniciarlo cuando tenía trece años, con la misma frase que ahora repite con voz cascada: “Hace frío, papacito. Vente, te doy calorcito”. Le da más pena que ganas; como si encontrara a una de sus maestras de primaria vendiéndose a media banqueta.

Lo que sí le cuesta trabajo es pasar de largo la casa de Calipso. Se juntaron unos años y tienen una hija. Se llevan bien, así que nunca lo ha demandado por pensión. Pero no es la niña lo que le preocupa. La verdad es que esa morena todavía le mueve el piso. Y cuando viene cansado, como hoy, como todos los días, fantasea que entra y que ella le da de cenar y luego le ofrece su seno; que lo sienta entre sus piernas y lo rasura y le da besos en la mejilla; que le pide que se acueste y se desnuda frente a él, y lo monta despacio, con ese cuerpo lustroso y esbelto, con sus pechos redondos y su sexo tibio y bien lubricado con la maravillosa crema blanca que para Ulises es el néctar de los dioses. Ella hace todo el trabajo y él sólo descansa y se pierde, y no sabe si pasan siete años o dos horas.

Pero no puede ser.

Ulises ve sombras que se deslizan como las olas que anuncian tormenta y oprime dentro de su chamarra el “odre de viento”, así le llama a la pistola que le regaló don Eolo (nombre surgido de la contracción de bEOdo y LOco) para que tuviera “viento favorable” en su regreso de todas las tardes a Ítaca. Es un señor buena onda, policía retirado. Lo único raro es que sus hijos se acuestan con sus hijas y el chisme es que no es precisamente dormir lo que hacen en las noches, porque no son precisamente ronquidos los que se escuchan.

Una tarde, Ulises vio a Nausica y sus amigas de la prepa jugando en el parque. Siempre le han fascinado las ninfas de uniforme, espigadas y flexibles, con sus zapatitos negros, sus calcetas blancas, sus faldas tableadas con estampado escocés, sus blusas blancas como la alegría de ser joven y sus suéteres azul marino. A Nausica le dicen la princesa porque su papá tiene varo. Un día, ella, impresionada por la forma de hablar de Ulises –que no corresponde a la de un Godínez–,

lo llevó a comer a su casa: una construcción de tres plantas y más de doscientos metros cuadrados, que no se amilanó con el temblor de 2017 y que siempre está limpia, merced a los talentos de una señora contratada de planta. A Ulises le dio la impresión de que el papá estuvo a punto de ofrecerle a su hija –no sólo la mano, sino también sus pechos altivos y chiquitos y sus piernas de popotito, y lo que, supone Ulises, se mantiene tan inexpugnable como lo fue Troya, aunque ya nadie sabe en estos tiempos en que la chaviza anda tan acelerada.

Todo eso, por supuesto, no es más que una chaqueta mental, pues para Nausica, él ya está para el inapam. Y Ulises se ríe de sí mismo.

Mas la risa no dura mucho. A Ulises le da vergüenza cometer adulterio mental cuando su pobre Penélope pasa los días haciendo tantas y tan interminables labores de costura, que a veces la ha encontrado entre dormida y delirante, en la sala, descosiendo de madrugada lo cosido durante el día.

No sólo eso. Él siempre anda pensando cómo ponerle el cuerno, mientras que ella, según dicen los rumores, soporta el asedio de una bola de cabrones que con gusto harían festín de sus carnes, a pesar de que los años de trabajo duro y privaciones ya le han pasado la factura al otrora sereno y hermoso rostro de Penélope. La verdad es que la alimentación mal balanceada, las pocas horas de sueño y la mucha chinga han marchitado prematuramente el cuerpo de la mujer que, de haberse casado con alguien más pudiente, sería toda una mamacita, o hasta una cougar, porque sabría inglés.

Y eso a Ulises le da mucha rabia porque es como si él fuera navegando y todo el puto mar estuviera en su contra. Y navegar así es como llevar la sal del mar en el alma.

Muchas veces ha fantaseado Ulises con romperle la madre a toda esa bola de cabrones. Invitarlos a un banquete con la promesa de que, ahora sí, todos se van a coger a Penélope, por turnos o todos juntos. Y, entonces, ya que estén todos ebrios, cortarles la garganta –y a los más cachondos el miembro–, y garabatear los muros con su sangre; ¡ése sí que sería un performance chingón! Y luego rebanarlos en pedacitos para alimentar a todos los perros del barrio.

Ulises se detiene y respira a bocanadas el aire de la noche. Sabe que cuando empieza a pensar con tantas groserías es que se está alterando. Y no quiere llegar de malas a Ítaca; Penélope no se lo merece.

Está en el parque. Hay niños jugando. No importa que sean las diez de la noche; así es el barrio. Los ve inocentes, felices, sabe que algunos son aplicados en la escuela. Y se pregunta, ¿cuándo es que se convierten en cerdos? ¿Quién es la Circe que los transforma en chakas, en ninis, en sicarios, en estadísticas de embarazo adolescente, de obesidad infantil, de diabetes prematura? ¿Cuándo empiezan a consumir droga y a hacer sexting por las noches? ¿Cuándo empiezan a llevar armas a la escuela y a ser brutales con sus compañeros? ¿Cuándo se contagian de ets? ¿Cuándo?!

Supone que cuando estos niños ven que a su compañero lo mataron por un celular, prefieren ser el que mata que el que muere; que cuando estas niñas son violadas por algún cabrón -pariente o extraño-, prefieren ser las queridas de alguien bien conectado. ¿Y si las matan? ¿Y si los matan? Pues, ¡qué chingados!, al cabo lo que sobran son pobres.

Cuando piensa así, Ulises siente que desciende al inframundo, donde las banquetas están rotas y no sirve el alumbrado público. Por ahí hay un viejo loco al que le dicen el Tiresias. Vive en la planta baja de una vecindad, casi asfixiado por las enredaderas en las que corren los escarabajos que se le suben a las barbas. Su rincón huele a agua pútrida y verde, y tal vez a miados también verdes. El güey se siente profeta. Se la vive gritando que tiene algo muy importante que decir, pero nunca pasa de un puñado de versos de León Felipe: "Esos poetas infernales: Dante, Blake, Rimbaud, / que hablen más bajo. / ¡Que se callen! / Hoy, cualquier habitante de la Tierra sabe más del Infierno que esos tres poetas juntos". Y Ulises piensa: "Sí. Vivimos en el inframundo. Ya no está abajo, se vino a la superficie. Lo encontraron en una excavación del metro y se subió. ¿Fue hace veinte años?, ¿hace doscientos? Fue desde que a la puta águila se le ocurrió pararse en el nopal. Allí valimos madre".

Pero no todo es desesperanza. A veces Ulises escucha una voz, una voz de mujer. La ha oído desde la infancia y nunca se lo ha dicho a nadie. Ella lo aconseja. Le dice que mientras use lo que tiene entre las orejas no está derrotado, que no se deje esclavizar ni por el vientre, ni por la pinga, ni por el rencor, ni por la desesperanza, ni por las drogas, ni por los padres que nos dieron traumas, ni porque Jauja está a la vuelta de la esquina pero nunca llega, ni por que merecería ser feliz en vez de estar todo jodido, ni porque él es más inteligente que Stephen Hawking y sabe que el agujero negro del que debemos preocuparnos es del que llevamos adentro porque si nos descuidamos se traga todo y no nos deja más que el dolor.

La llama Atenea. Y le gusta creer que cuando se acaben sus años de rebotar como frutsi de cascarita futbolera de la primaria en esta vida que no vale nada, le mostrará que valió la pena no ser un hijo de la Guayaba y de la Tostada y tratar de no ser ojete, aunque nunca haya llegado a santo.

Ulises regresa todas las tardes en autobús a Ítaca. Y aunque ha pasado un día, siente que han sido veinte años. Viene tan cansado de alma y cuerpo, que supone que Penélope no será capaz de reconocerlo, que lo confundirá con un mendigo.

Llega. Y lo único que puede hacer es llorar en seco y por dentro; llorar con el alma o lo que sea que tenga en el pecho: por sus cuerpos ajados, por su amor que sobrevive a codazos, por su psique presta a diluirse en un suspiro; porque no somos más que juguetes de los dioses y los dioses no nos aman.

La boca le sabe a estopa y se da cuenta de que en realidad no ha llegado, de que nunca ha llegado y nunca llegará, porque todos somos náufragos viviendo una Odisea interminable para llegar a Ítaca, pero Ítaca ya no existe: la cortina está bajada y tiene sellos de clausurado.

Álvaro Sánchez Ortiz

(Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

A P O F I S I S 9 9 9 4 2 *

por Alejandro Ordóñez

Sintió la vibración del teléfono, comprendió que era el mensaje que esperaba. Apretó el comando y leyó: Papá, confirmo datos. 25-12 a las 00:00:15, mismas coordenadas. Te quiero, que Dios esté contigo, firmaba Luis. Oprimió el botón para dar respuesta: Yo también te quiero hijo, eres mi orgullo, que haya mucha suerte.

Sonrió al recordar a su hijo, a pesar de su juventud era considerado uno de los mejores científicos del mundo, por algo el Centro de Alerta Temprana lo había enviado en misión secreta a Zelenchukskaya, Rusia, sede del impresionante radiotelescopio Ratan 600, con sus 895 reflectores rectangulares, que escudriñan el cielo, dispersos en un diámetro de 576 metros, donde tuvo acceso a información altamente confidencial y secreta, cuyas conclusiones habían compartido.

Caminó hasta el globo terráqueo de su biblioteca, localizó las latitudes y las longitudes de ese estrecho corredor marino que había grabado en su memoria. Vio su reloj, faltaban cuatro horas. Afuera brillaban las luces de bengala y las de los foquitos de los árboles de navidad de las casas del vecindario, en algunos jardines los niños rompían piñatas mientras esperaban la cena de Nochebuena. A lo lejos se escuchaban villancicos, gritos y risas que contrastaban con la soledad y el silencio que se habían instalado en su casa, desde que estaba solo. Pensó que su vida había dejado de tener sentido, pero no era hombre que se rindiera ante el infortunio; por eso, contra la opinión y el escepticismo de su hijo había hecho de la cochera un búnker.

El timbre de la puerta sonó por segunda ocasión antes de que tuviera conciencia de que alguien lo buscaba. Se asomó por la ventana de la biblioteca, era una pareja de indigentes: ella, delgada y frágil, -andaría por sus diecisiete-; él -enjuto y alto-, de unos treinta años. Escuchó que lo llamaban patrón, así que concluyó que se trataba de dos indígenas, tal vez campesinos famélicos en busca de unas monedas o algún alimento para llevarse a la boca. Le sorprendió que el servicio de vigilancia del fraccionamiento les hubiera permitido el paso, pues se trataba de una zona con acceso altamente restringido.

Llegó a la puerta, el campesino, con el sombrero en la mano y voz desesperada volvió a repetir: ayúdanos patroncito. Buscó en sus bolsillos unas monedas, pero el hombre lo detuvo. No patroncito, no queremos dinero, ni comida, mi esposa está por parir, déjanos entrar, danos un pedacito de suelo; ahí, debajo del techito de tu puerta, regálanos algunos trapitos viejos para tapar a la criatura y cubrirnos nosotros porque la noche está muy fría. Vio el rictus de dolor de la mujer y se preguntó a sí mismo cómo era posible que un veterano cirujano como él no se hubiera dado cuenta antes. El hombre insistía, pero él vacilaba, no dejaba de ser peligroso meter a dos desconocidos a su casa. Rompió aguas desde el medio día, insistió el campesino. Hemos andado toda la tarde, de casa en casa, pidiendo ayuda, pero nadie quiso dárnosla. Por piedad patrón, no seas malo, antes de que se nos venga pa juera la criatura. Un pedacito de patio y unos trapitos viejos pal crío.

Los llevó a la cochera, tenía dos colchones tendidos sobre el suelo, uno sería para Luis en el improbable caso de que pudiera regresar a tiempo, así que se los cedió. Ahí mismo tenía su maletín médico y el instrumental que se necesitaba para el caso. Acostó a la mujer, se desinfectó manos y brazos, procedió a revisarla, el niño casi sacaba la cabeza. Ayudó en las labores de parto. Cortó el cordón umbilical, aseó al niño, revisó sus funciones vitales; con algunas sábanas que el campesino partió, según sus instrucciones, improvisaron pañales y lo cubrieron con uno de los muchos cobertores que había en el búnker. Los hizo beber unas tazas de té hirviendo, para que entraran en calor. El niño había dejado de llorar, dormía plácidamente en medio de sus padres. Ella lucía una sonrisa radiante, él le acariciaba el cabello.

De pronto, como si se le hubiera aparecido el diablo, escuchó con terror el eco de las campanadas del reloj de la parroquia del fraccionamiento. Una, dos, tres... Los vio cómo contemplaban embelesados a esa criatura que quizás no debía haber nacido nunca. Cuatro, cinco, seis... Lo invadió la tristeza al descubrir en las miradas de la pareja una fe ciega en el futuro que los aguardaba. Siete, ocho, nueve... Pensó en su hijo, recordó a sus padres, sintió unas ganas enormes de llorar. Diez, once, doce... La joven mujer lo llamó extendiéndole la mano y como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir, le dijo: no temas, Dios está contigo, luego lo cobijó en su regazo como lo haría una madre con el hijo que ha soñado pesadillas. Entonces se escuchó el eco de una terrible explosión que parecía venir desde el fondo mismo de los tiempos, acompañada por un fuerte temblor que hizo estremecer las paredes y rompió los cristales. El cielo se tiñó de rojo, de un rojo tan intenso que parecía como si estuviera lloviendo sangre. Luego se hizo el silencio y también la oscuridad, eso fue todo...

** Apofis 99942, asteroide que constituye la mayor amenaza sobre la tierra, tiene un diámetro de 230 metros y su caída provocaría una explosión equivalente a 20,000 bombas atómicas.



Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, "Real de San Miguelito Arcángel", se encuentra en proceso de publicación. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".

OZTOTÉOTL, DIOS DE LAS CUEVAS

por Alejandro Ordóñez

Eramos tres entrañables amigos, íbamos por la que sería nuestra segunda caminata a Chalma. Lo hacíamos por devoción y también por una larga costumbre familiar, aunque quizás fuera mejor decir tradición nacional, porque son miles los creyentes que van cada semana al santuario. Llegan en automóvil o en largas caravanas de autobuses o bicicletas; otros preferimos hacer la peregrinación a pie, sobre distancias que varían entre los sesenta y los cien kilómetros, a cubrir en jornadas que duran hasta seis días, durmiendo a la intemperie en un ambiente húmedo y frío, que se acentúa por las noches. Con mochila al hombro hay que caminar sobre veredas que se entrecruzan y toman distintos rumbos hacia las montañas, entre tupidos bosques de pinos que impiden el paso a los rayos del sol y a menudo desorientan a los peregrinos que remontan cuestas empinadas o descienden por sufridas barrancas, con riesgo de lastimarse o de extraviar el rumbo y de internarse por regiones inhóspitas. Habíamos partido felices, sin guía, confiados en que el primer recorrido habría bastado para aprender la ruta, no obstante que hasta los más experimentados peregrinos se preocupan por los peligros que acechan a lo largo del recorrido. Terminaba el cuarto día, aunque teníamos por lo menos treinta horas de no saber bien a bien dónde nos encontrábamos; rodeados por altos riscos veíamos crecer las sombras de la tarde, no tardaría más de una hora en oscurecer; a pesar de no haber viento los árboles danzaban sin moverse de su sitio, pues agitaban sin cesar sus troncos y sus ramas.



De todos los peligros, nos habían advertido de uno muy grave: el Cerro de las Brujas. Por ningún motivo debíamos permitir que la noche nos alcanzase ahí porque podríamos estar en grave peligro, aunque no nos especificaron el porqué. A lo lejos una neblina azul parecía dirigirse hacia donde estábamos y no sabíamos si por mala suerte las rocas que se alzaban hacia el horizonte formaban parte de ese malhadado cerro. Perdida la vereda habíamos caminado por aquellos páramos sin rumbo fijo, y ahora descansábamos a un costado de una piedra enorme cuyos contornos semejaban a un hombre sentado en el suelo, que parecía llorar, pues en sus ojos brillaban dos gotas de agua.

Nadie se quejaba, pero el miedo se reflejaba en las miradas y el terror que nos dominaba enronquecía nuestras voces mientras buscábamos la solución a un problema que rebasaba la escasa experiencia que teníamos como exploradores. De pronto lo descubrimos, estaba a unos metros de nosotros, nos veía con curiosidad, sin atreverse a interrumpirnos. Sus huaraches, su ropa blanca de manta, su sombrero de palma y su morral nos hicieron ver que se trataba de un campesino. Caminamos hacia él. Se quitó el sombrero, con la mirada perdida en el suelo. Antes de que pudiéramos decirle algo preguntó qué hacíamos ahí a esas horas, cuando faltaba poco para la noche; tendríamos que salir de inmediato y volver a casa. Le dijimos que no. No podíamos, íbamos a Chalma, teníamos una manda que cumplir y además, aunque quisiéramos, habíamos perdido por completo el rumbo. Nos pidió que lo siguiéramos y a pesar de ser un anciano impuso a la marcha un ritmo que nos obligó a correr durante largos tramos.

Estaba oscuro cuando por fin llegamos a lo que el buen hombre llamó su casa. Era un pequeño jacalón donde no habríamos cabido los cuatro, así que a campo abierto extendimos los sacos de dormir, prendimos una fogata que sirvió para preparar los alimentos y darnos un poco de calor en aquella noche helada. Terminada la cena el viejo armó un cigarro de hoja y sin más luz que la de aquellas ascuas comenzó su relato: Eran los tiempos en que los demonios andaban sueltos por estas tierras. Recién había caído Tenochtitlan. El emperador Cuauhtémoc había sido preso y su esposa regalada a uno de los capitanes. Los hombres barbados eran crueles y sanguinarios, violaban a las mujeres y esclavizaban a los hombres y a los niños. Los tatas de los tatas comprendieron lo que podría ocurrir si se dejaban vencer, así que se levantaron en armas. Malinche enfureció cuando lo supo, decidido a terminar con la insurrección mandó a algunos teúles montados en sus bestias y a docenas de tlaxcaltecas para que nos dieran caza y pusieran fin a la rebelión, pero ni los teúles ni sus aliados conocían estos parajes e ignoraban nuestras creencias. Así, se fueron internando entre las montañas, azuzados por los tatas que se escondían de día y salían por las noches a soltarles vara y flechas, para luego huir con dirección al Cerro de las Brujas que era adonde querían llevarlos. Un amanecer, cuando todo parecía tranquilo y los enemigos

creyeron que por fin tendrían reposo, llegaron los nuestros con flechas incendiarias. Los españoles sólo veían puntos rojos parecidos a luciérnagas enormes que brotaban de entre los árboles y en vuelo veloz llegaban hasta su campamento, causando muerte y desconcierto entre los hombres y las bestias.

La noche siguiente pusieron más velas y redoblaron sus esfuerzos. No lo sabían, pero pronto lo comprenderían. Estaban en el Cerro de las Brujas y al ver las chispas que éstas desprenden cuando vuelan hacia el firmamento creyeron que se trataba de un ataque, así que ordenaron a la carga y se internaron entre las peñas. A la mañana siguiente reinaba la paz en nuestro territorio, no quedó ni un español, un solo tlaxcalteca, un caballo... Cuando Malinche sospechó que algo extraño había ocurrido, envió espías quienes le informaron, al regreso, que su ejército había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. No había muertos, heridos o prisioneros, ni siquiera restos de ropa o armas tiradas. Cuando por fin fue pacificada esta tierra, llegaron los frailes agustinos a catequizarnos. Creyeron que estábamos evangelizados, pero una noche siguieron a algunos de los indios hasta una cueva profunda donde se veneraba a Oztotéotl o Dios de las Cuevas como era para entonces conocido. En silencio observaron cómo sacrificaban a varios jóvenes porque Oztotéotl era un dios insaciable y sanguinario que exigía su tributo de sangre humana para no acabar con el resto de los hombres. Los agustinos huyeron espantados ante tanta crueldad, pero volvieron al día siguiente con la intención de destruir al Dios de las Cuevas, sólo que al llegar ahí encontraron que el ídolo había sido derribado y a su costado se hallaba un impresionante Cristo Negro, al que dejaron en esa misma cueva hasta que terminaron de construir su templo y fue trasladado a él. Santo Señor de Chalma le llamaron, que viene de los vocablos nahuas: chall, boca y maitl, mano, por aquello del acto de santiguarse.

Pero si el Dios de la Cueva era sanguinario y cruel, el milagroso Señor de Chalma es duro y exigente con sus devotos, no permite vacilaciones, ni dudas, mucho menos reproches, arrepentimientos o promesas incumplidas. Las veredas que conducen a Chalma están llenas de hombres que fueron convertidos en piedra porque renegaron o se quejaron de las dificultades que iban hallando en el camino; por eso almas piadosas ruedan algunos metros esas grandes rocas con la esperanza de que algún día lleguen hasta el templo, cumplan con ello su manda y les sea retirado el castigo. Hoy nadie sabe a ciencia cierta dónde está la cueva en que fueron hallados Oztotéotl y el Santo Señor de Chalma, por más que los clérigos hayan inventado un lugar para los crédulos. Se cuenta que su entrada está sellada y sólo se abre para permitir el paso a los que habrán de ser sacrificados o a los elegidos. El tiempo siguió transcurriendo y los desaparecidos multiplicándose sin que volviera a saberse de ellos. Hace algunos años llegó hasta estas tierras un grupo de hombres armados que dijo andar a la caza de unos alzados. Derribaron a culatazos las puertas de los jacales, violaron a las mujeres, los hombres y los niños fueron golpeados, los ancianos vejados, hasta que por fin los vimos perderse con rumbo al Cerro de las Brujas, de donde nunca salieron, ni se volvió a saber de ellos. Y ahora duermen porque mañana les espera un día muy pesado, dijo aquel buen hombre.

Despertamos con los primeros rayos del sol. El campesino había desaparecido. Lo que pensamos sería su jacal estaba en ruinas, el techo derruido, en las paredes faltaban tablones y el aire circulaba por entre los huecos. Comprendimos que aquella choza tenía deshabitada muchos años. Reiniciamos el camino. Subimos y bajamos sin rumbo cierto hasta que nos ganó la noche; poco antes volvimos a encontrarnos con los árboles danzantes; luego las aguas del arroyo que corre por ahí empezaron a desprender fosforescencias que nos parecieron diabólicas; una neblina azul que resplandecía en la oscuridad nos envolvió y al deshacerse en jirones nos permitió ver las chispas rojas que desprenden las brujas cuando remontan el vuelo.

Empezó a tronar el cielo, el firmamento se llenó con las electrizantes luces de los relámpagos, los rayos caían sobre los pinos que estaban en derredor, dejando largas lenguas de fuego. Primero fueron unas cuantas gotas de lluvia, luego una tormenta se nos vino encima y era tan tupida aquella cortina de agua que nos cegaba y cortaba la respiración. Siguió una granizada, aquellas enormes bolas de hielo nos golpeaban inmisericordes las orejas, la nariz, las manos, el cuello, provocando un dolor insoportable que se agudizaba a causa del frío extremo que se soltó, mientras el páramo se iba vistiendo de blanco. Comprendimos que no podíamos quedarnos a la intemperie, si no encontrábamos pronto un refugio moriríamos porque la hipotermia nos haría presa fácil.

Remontamos los riscos y cuando la desesperación parecía ganarnos descubrimos la boca enorme de una cueva. Hubiéramos podido guarecernos a la entrada, pero el viento gélido corría haciendo remolinos así que sacamos las lámparas de las mochilas y nos adentramos por aquella gruta en busca de abrigo. Caminamos durante horas y si no nos detuvimos fue porque alguna fuerza nos animaba a seguir adelante. De pronto, y a pesar de la herrumbre, bajo la luz de las lámparas brillaron –dispersos por aquí, ora por allá– petos, espaldares y yelmos de antiguas armaduras castellanas, espadas toledanas, estribos y bridas; huaraches y prendas acolchadas de algodón, junto a macanas de madera con agudas puntas de obsidiana, entremezcladas con armas de fuego de grueso calibre, bayonetas, cascos modernos y aparatos de radio comunicación. Llegamos a una galería amplia, con techo alto. Saltamos de miedo y las lámparas se nos escaparon de las manos al ver, en medio de aquel recinto, al ídolo siniestro que representa al Dios de las Cuevas, quien parecía mirarnos severamente; bajo sus piernas cruzadas, la enorme piedra de los sacrificios, con una pequeña cavidad donde depositan el corazón de las víctimas y un canal tallado sobre la plancha que llega hasta una orilla donde hay un cuenco para recibir la sangre humana. Debajo del ara, un pedestal sostiene a todo el conjunto.

Un pedestal de piedra en forma de cruz y en ella, esculpida la figura sangrante, doliente, ya sin vida, de Cristo, cuyas rodillas flexionadas han dejado de sostener el peso del cuerpo, la barbilla clavada en el pecho de ese Jesús que se nos ha muerto. Oztotéotl y el Cristo Negro unidos para siempre por el sincretismo religioso. Están ahí el dios despiadado que exigía sacrificios humanos para proteger al resto de los hombres y el dios que escogió ser víctima propiciatoria de los hombres para salvar a la humanidad; y en esa unicidad del universo, podríamos decir, sin ser blasfemos: el Santo Señor de Chalma... y también de las Cuevas. Caímos de rodillas, sabedores de que la muerte estaba próxima, incapaces de pronunciar sonido por la garganta, podíamos escuchar nuestros pensamientos. Pedimos perdón por la profanación de ese lugar sagrado. Perdón por nuestros pecados y las faltas cometidas. Dijimos a Oztotéotl que lo amábamos y lo respetábamos porque fue amado, respetado y venerado por los antepasados, los hombres y mujeres de la tierra, los hombres y las mujeres del maíz, y porque al hacerlo honramos y veneramos al Santo, Santo Señor de Chalma. Prendimos unos cirios pascuales que había a los costados de la cruz, tomamos un brasero, encendimos los carbones que estaban ahí, quemamos copal, incienso y mirra; levantamos el brasero y dirigiéndolo hacia los cuatro puntos cardinales sahumamos aquel recinto sagrado. Nos santiguamos, cogimos las puntas secas de unas pencas de maguey, nos pinchamos los pulgares hasta que gruesas gotas de sangre salieron de ellos y humedecieron el ara donde se depositan los corazones de los sacrificados. Supusimos que nuestras faltas habían sido perdonadas y podíamos continuar hacia Chalma. Tomamos las mochilas, recuperamos las lámparas, apagamos los cirios y reemprendimos el camino seguidos por los aromas que brotaban del sahumero. Vi mi reloj, teníamos más de doce horas caminando por aquellas cavernas, el frío había cedido y el calor nos hacía sudar.

Se terminaron las baterías de las lámparas, en medio de la oscuridad reiniciamos la peregrinación, tomados del cinturón del que venía adelante. Nuestras cabezas chocaban con los techos que de pronto perdían altura, las heridas empezaban en la frente y llegaban al cuero cabelludo. Los codos, las muñecas, los nudillos y las rodillas escocidos por los constantes roces con las aristas de las agudas rocas y las caídas al tropezar con los pedruscos que había esparcidos en el suelo. La cueva dio una vuelta cerrada y terminó la oscuridad porque llegamos a una galería alumbrada con la tenue luz del sol que se filtraba por algunos orificios que había en la bóveda, vimos un arroyo de aguas frescas y cristalinas, bebimos de él y al levantar la mirada descubrimos las largas raíces del ahuehuate sagrado, firmemente adheridas a las paredes de la gruta, estábamos en el nacimiento del manantial bendito. Proseguimos el viaje, una neblina azul nos envolvió como si se negara a dejarnos en libertad. Una blanca luz cegadora la hizo jirones. Un aire tibio con olor a flores y a hierbas silvestres inundó el ambiente. Se dejaron oír sonidos de caracoles, flautas, chirimías, panhuehuetles, teponaztles y atabales; sin poderlo evitar, empezamos a bailar con el orgullo y la fiereza con que lo habrán hecho los caballeros águila y los caballeros tigre, al volver victoriosos de la guerra... Un alma piadosa nos adornó las sienes con coronas de flores blancas que pronto se tiñeron de rojo por la sangre que brotaba de las heridas; y nosotros, como santocristos, recorrimos los cuatrocientos metros que separan al panteón del santuario, llegamos hasta el altar mayor donde se custodia al Cristo Negro, al Santo, Santo Señor de Chalma, gruesas gotas de sangre oscura salpicaron las baldosas del templo. Nos hincamos, besamos el piso del recinto y sin pronunciar palabra lloramos, lloramos, lloramos...

NEGOCIOS SON NEGOCIOS

por Jorge Milone

Vivo en La Matanza, entre San Justo y Ramos Mejía. Localidad por cierto muy denigrada por los medios. No toda carnicería es propia de matanceros o carniceros, claro que es alto el porcentaje de miseria, desnutrición cerebral y delincuencia.

Aunque mi barrio se caracteriza más por sus árboles y sus casas en igualdad de construcción con las encontradas en las costas argentinas. Muchos tanos hicieron sus hogares de veraneo repitiendo los planos de sus orígenes. Por supuesto que los sonidos son universales. El enjambre de motos de delivery y chorros. Los perros que actúan como alarmas en casi todas las casas. Los vendedores ambulantes, que la Pandemia obligó a vender, lo que sea como sea. Los parlantes de los autos con una estridencia de música incomprensible. A veces, algunos disparos nocturnos. Y los camioncitos que compran de todo.

A esta altura debo disculparme con los lectores, no poseo los recursos, ni el ingenio de los escritores. Sólo soy un participante necesario de esta historia, la que quiero narrar o lo intento. Muchos no van a creerme, coincido que hay historias inverosímiles, aún en libros de Matemáticas. Parto de la premisa que muchos creen en algo que nunca vieron, así que sólo pido paciencia y fe.

Decía, los camiones o camionetas que vociferan desde un parlante, siempre en mal estado, que compran “cosas”. Me permito cosificar porque desde el comienzo, nunca entendí lo que pregonaban. Por ahí alguna que otra palabra “cooooprooooo”, parecida a un quejido. En el medio algo así como “baerrías nueas y usads”, “cociaaaas”, “caeeefooneee” y otras de dudosa interpretación. Comprendía que todos se diferenciaban, en la entonación, el alarido y hasta en los chasquidos, estáticas y crujidos de los distintos parlantes. Hasta que una tarde, mientras intentaba dormir la siesta, escuché con atención la voz cavernosa diciendo, con perfecta dicción: “Compro, señora, señor. Todo lo que tiene y no necesita. Su alma, sus malos recuerdos, sus dolores. Pago bien”.

Salté de la cama, levanté la persiana de mi habitación y lo vi. Una camioneta antigua, pintada de un rojo furioso. Mi vista se detuvo en la insignia del capó: un enorme cabeza de cabra con unos grandes cuernos. El hombre al volante, hablaba con un megáfono, era más raro aún. Se le notaba un cabello largo y blanco, bajo un sombrero de ala ancha azabache. Tenía lo que parecía ser un traje oscuro y camisa del mismo tono. Creo que debe haber repetido, lo mismo que ya detallé, tres o cuatro veces. Cuando me vio, dejó de hablar, colocó el artefacto a su lado y me miró con una sonrisa de dientes amarillos y filosos.

El mundo, mi mundo, se detuvo. Quedé hipnotizado mirándolo. La camioneta estaba detenida en la puerta de mi casa. Claro que se trata de un dúplex. Lo estaba mirando desde el primer piso, pero como filmado por un mal cineasta, en un primer plano de su rostro. Después de unos segundos, que me parecieron una eternidad, me puse un pantalón, un buzo y las zapatillas a los apurones. Bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta de calle. Estaba parado detrás de la reja. El hombre de negro era muy alto, con la piel gris y apergaminada. Sus ojos, ahora no estoy tan seguro, eran de un azul oscuro demasiado intenso para ser real. Recordé las viejas películas de vampiros: si **no los invitás, no entran.**

— **¿Vamos a negociar o sólo vamos a mirarnos?**— Dijo, sonriendo.

No recuerdo si contesté. Aunque le abrí la reja y lo convidé a pasar. Caminó un poco, mirando los cuadros y se sentó en el sillón. Cruzó las piernas y pude observar que llevaba unas botas texanas, muy antiguas. Pensé que en cualquier momento brincaría del sillón para chuparme la sangre.

— **¿Y, qué tiene para ofrecerme?**

Claro que no lo había pensado demasiado. El tipo había hecho mención de “dolores”. En ese momento exacto, todos los perros del barrio comenzaron a aullar lastimosamente. Mi abuela decía que sólo lloraban así, cuando alguien moría. Sentí frío y casi me meo encima. No, no llegué a tanto. No obstante, temblé de pies a cabeza. El hombre de negro chasqueó los dedos, los perros dejaron de aullar, aflojó el miedo. Me senté en la otra punta del sillón, aún en esa posición debía mirar hacia arriba. Lo recorrí con la mirada, esperaba ver las uñas largas y pintadas de negro, posiblemente un anillo del demonio. Me equivoqué, estaban bien cuidadas y recortadas. Sí tenía anillo, pero era uno de esos con filigranas, parecía un diseño celta.

Traté de aclarar mis pensamientos, sospechaba que los podía ver. Claro que tenía dolores. Un amigo en el sur, al cual le iban a extirpar un tumor. Un amigo en Uruguay cuyo padre sufría Alzheimer, ya estaba en la etapa de no recordar su nombre. No quería perder a mi hermano del sur. Más allá de un intercambio epistolar intenso, necesitaba saber que estaba ahí. Me dolía que mi amigo uruguayo dijera que no quería despedirse, sin que su padre supiera quién era él.

—**Ahí está. La base de una transacción, usted tiene algo que le produce dolor y quiere estar en paz.**

—**Espere, un momento. Todavía no dije nada.**

—**Lo pensó: lo desea. En cierta forma, podemos cerrar trato.**

Otra vez volvió el temblor. Podía leerme como a un libro abierto. Claro que no entendía qué estaba ofreciendo a cambio de qué.

—**Es muy sencillo. Tiene que elegir.**

— **¿Elegir? No entiendo.**

—**Vamos, vamos. No se haga el distraído. Sólo tiene que decir: Acuerdo. Una sola palabra y listo, me voy por donde vine.**

Sorpresivamente los perros comenzaron a ladrar de manera furiosa. Él hizo un gesto de desagrado y volvió a chasquear los dedos. Fue como pulsar un interruptor, se callaron al mismo tiempo. Podía escuchar el silencio. Podía oler al tipo, no a azufre sino sudor y perfume barato. Creo que el olor más agrio era el de mi propia transpiración fría.

Mi boca se abrió y se cerró varias veces.

Vuelvo a reiterarme: no soy escritor. Tengo la urgencia y la necesidad de escribir lo sucedido, antes que sea demasiado tarde.

Escuché una voz que no era la mía, pero me pertenecía. Cerré los ojos.

—**ACUERDO.**

Los perros me despertaron. La persiana de mi habitación estaba levantada. Ya no había sol, hacía frío. Estaba en mi cama, pero me encontraba vestido. Pantalón, buzo, zapatillas. Me asomé por la ventana. Los perros encerrados ladraban a una mujer que había sacado a pasear a su propia mascota canina. Quién sabe si por envidia o por evitar la colonización de un espacio que creían les pertenecía, más allá de sus encierros.

Bajé la persiana y cuando me disponía a descender, la computadora emitió el sonido de un mensaje. Moví el mouse y leí, mientras un sudor frío me corría por la espalda.

Querido amigo Quijote, lamento esta noticia, pero debo anunciar lo peor. Mi viejito va a terminar su partido chivo en el cielo. Tus abrazos de gol y sanadores han surtido efecto, aunque no lo creas. He podido despedirme como corresponde y supo quién era yo. Sólo a vos puedo contárselo, estoy en paz.

Te quiero, cuídate.

Julio.

Le escribí algunas palabras, de esas que corresponden a la ocasión, pero mi mente estaba en conflicto. Me sentía mareado, asqueado. Al otro día, mi amigo del sur me dijo que lo suyo estaba bien. Lloré y al mismo tiempo sonreía. Pasados unos minutos ya no recordaba el por qué.

Por eso este apuro por dejar escrito lo que, supongo, sucedió. Estoy perdiendo la memoria, en forma rápida y letal. Y me duele y arde al orinar.

Siempre cavilé que eran malos los escritores que terminaban un cuento con el manido recurso del sueño. Claro que no soy más que un escribiente, alguien que pasa a la palabra escrita lo que presume, puede ser realidad. Algunos me creerán loco, otros un simple inventor de historias. La verdad es que releo este texto y me parece pura demencia. No puedo decir si pasó y tampoco puedo decir lo contrario. Hay cierto método en este desvarío de vivir, como diría un irrefutable inglés. Ya no sé el nombre de mi amigo del sur, no entiendo cómo encender la computadora. El dolor es insoportable. Quizá por eso el apuro y la utilización de esta máquina de escribir portátil.

Me vienen a la mente nombres, lugares que no conozco. Suipacha y Lavalle, San Telmo, Bernal, Quilmes, Sarmiento, Playa Unión, el Teatro de Verano en Montevideo, la plaza Cagancha. Imágenes que no comprendo: el payaso de It con corbata, avanza en un sillón con rueditas con una botella de whisky Jack Daniels en una mano, en la otra un globo rojo y blanco; una yegua, llamada Marisa trotando por un valle de margaritas; un cartero vestido de negro entregando cartas sin dirección; tres ratones ciegos tocando un piano sin teclas. Hoy me vi en el espejo del placar y estoy muy flaco. Piel y huesos, diría mi abuela. La piel de un feo color de pergamino antiguo, el cabello largo y blanco. Ya no puedo bajar las escaleras. Me cuesta cada vez más levantarme de la cama.

No recuerdo mi nombre.

¿Jorge Milone?

TACHES Y TACHONES | 31



Jorge Milone,

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1953.

Es escritor, coordinador de talleres literarios, guionista de radio y televisión, autor de obras de teatro, . Colaborador en revistas "La Manuela", "Cerdos y Peces", "Crisis" y otras; Co-fundador y colaborador permanente en el Proyecto Fusión

TI

Co-fundador y director de la revista "Agujero Negro" (Premio Oesterheld) a la mejor revista subte en 1985, y única revista subte argentina en el Salón del Cómic en Barcelona con mención especial en 1986

Guionista e integrante del programa radial: "Desde el Paraíso", Radio Municipal y del programa televisivo: "Tinta Roja",

TALLER LITERARIO VIRTUAL

Jorge Milone

informes :

milonejorge@gmail.com

Una nueva experiencia para quien da sus primeros pasos y afianzar a aquellos que ya están avanzando, en los laberintos de la literatura. Nada es absoluto. La duda es creativa.

Mucho más en los andariveles de la escritura. Todo axioma sólo es aplicable a un individuo y éste tiene una voz única e irrepetible. Mi deber, responsabilidad, como coordinador es ayudarlos a encontrar esa voz. Darles las herramientas aplicables a sus propias idiosincrasias.

Este taller es de

autoformación

de escritores.

Promocional gratuito ,
taches y tachones no cobra por espacios publicitarios

UN FRASCO DE BOLITAS

por Jorge Milone

Imposible me ha sido rehusarme á las repetidas instancias que el Caballero Trelawney, el Doctor Livesey y otras muchas señores me han hecho para que escribiese la historia circunstanciada y completa de la Isla del Tesoro. Voy, pues, á poner manos á la obra contándolo todo, desde el alfa hasta el omega, sin dejarme casa alguna en el tintero, exceptuando la determinación geográfica de la isla, y esto tan solamente porque tengo por seguro que en ella existe todavía un tesoro no descubierto.

La isla del Tesoro, Robert Louis Stevenson.

Vivíamos cerca del Parque Chacabuco, en Capital Federal. En un departamento amplio y cómodo, pero departamento al fin. Sin embargo, la cercanía del parque me servía para intentar patear una pelota de fútbol. A los seis ya jugaba con chicos de mi edad, muchos de una villa cercana.

Mientras tanto, mi padre hacía construir una casa en la zona oeste de Buenos Aires, entre Ramos Mejía y San Justo. El día anterior a mudarnos había llovido, así que el camión nos dejó una cuadra antes. Nuestra nueva casa estaba sobre una calle sin asfaltar. Un chico, de mi edad, en bicicleta, observaba la escena. Se acercó y le dijo a mi padre de un vecino que tenía carro y le podía hacer el resto de la mudanza. Así se hizo.

El chico se presentó muy formalmente, pero cruzamos sonrisas cómplices. A partir de ese día Beto, pasó a ser mi mejor amigo.

Tenía un mechón rebelde que le caía continuamente sobre un ojo, tapándolo. No se lo quitaba con la mano, sino con un gesto de la cabeza, como de fastidio.

Mi problema con el pelo eran unos rulos insurrectos que no podía solucionar ni cortándome el pelo, muy corto. Tirabuzones revolucionarios que ninguna gomina podía contener. Siempre me aparecía un rulo sobre la frente.

Así es que él me decía Rulo y yo le decía Pirata.

Un par de semanas después de habernos asentado en la nueva casa, caminábamos con mi amigo por el barrio, cuando apareció de la nada un chico más grande que nosotros y sin decir nada le pegó a Beto. Lo empujó, parece que eso es lo que estaba esperando. Aparecieron otros que estaban con él, lo apartaron a mi amigo, hicieron una ronda y quedamos en el medio ese chico y yo. No sabía su nombre, todos los conocían por el apellido, digamos García, era algo así como El matón del barrio.

—Ah, así que sacás las uñitas. El nuevito del barrio. Que viene de la Capital, mariconcito...

Y siguió hablando y hablando. Demasiado. No sabía que yo había jugado al fútbol con chicos de la villa, que había tenido que defenderme no una, sino mil veces. Así que, mientras hablaba le salté encima, no sé con qué le pegué o si le pegué realmente, quizá solamente lo empujé y caí encima de él, le puse el codo sobre la garganta y apreté. Cuando la cara se le puso roja le hice prometer que no nos iba a joder más.

Un caballero el García. Nos dimos las manos y, a partir de ese día, nunca tuvimos problemas ni con él, ni con sus secuaces. Pero siempre formaron parte de los ejércitos rivales en nuestros juegos.

Beto no era muy buen lector que digamos, pero le gustaban las historias que le contaba. Casi todas sobre los libros que había leído y algunas inventadas.

El tesoro estaba en el punto más alto de la isla. En la colina a mitad de la calle J, enterrado sobre la cima. Teníamos poco tiempo para defenderlo, las cuadrillas que estaban haciendo el asfalto pronto volverían a trabajar. Contábamos con unas pocas espadas de madera y muchas piedras. Y, por supuesto, la ventaja de estar arriba. La batalla parecía dominada, no los dejábamos avanzar, pero hicieron trampa. De pronto, en medio de todos ellos apareció un gigante. El primo de uno de ellos, que nos doblaba en edad. Hacía caso omiso de las piedras y se nos venía con cara de pocos amigos. Ya nos dábamos por perdidos, pero por detrás de la colina subió mi primo. De la misma edad que el gigantón, lo dejó llegar y sólo le dio un empujón. Fue cayendo y arrastrando a su paso a los demás.

Fue apoteótica aquella batalla. Y durante años se habló de aquella colina.

También fuimos mosqueteros: Todos para uno y uno para todos. Rescatando el collar de la reina a maderazos contra cualquiera que se opusiera.

Y tigres de la Malasia. Piratas del fin del mundo, luchando en las selvas de los jardines vecinales, hasta que nos sacaban corriendo.

Estuvo la época de la guerra en bicicletas y cañas con pibes de otros barrios. Peladuras en codos y rodillas. Porrazos y sacudidas hasta que quedaba un ganador. Justas en torneos medievales en rodado 24. Hasta que alguien casi perdió un ojo, ahí se terminaron los campeonatos.

Alguna vez con mi amigo Beto, quisimos jugar a los indios que atacaban con flechas incendiarias. Apuntábamos a un potrero, pero el viento y la mala suerte produjeron un pequeño incendio en una casa vecina. Hasta los bomberos vinieron al barrio. Enterramos los arcos y las flechas.

Siempre el fútbol, claro. Bastaban dos prendas para hacer un arco y se armaba el picado. Queríamos más, claro.

Hacia la izquierda de mi casa había una quinta abandonada. Un lugar enorme cubierto de yuyos y árboles. Y las infaltables moras que comíamos en pleno verano y nos descomponían sin remedio.

Hacia la derecha, también a una cuadra había otro potrero cubierto de malezas. Nos propusimos hacer un par de canchas para jugar en serio y con tranquilidad.

Tan en serio nos tomamos la empresa que, con Beto, nos pusimos a trabajar, a escondidas de nuestros padres, para juntar plata para camisetas y pelotas. Lavábamos damajuanas quitándoles las etiquetas y les poníamos nuevas. Además cortábamos el pasto a los vecinos, hacíamos mandados, etc.

La cancha de la derecha fue sencilla de desmalezar. Y tuvimos ayuda de algunos vecinos. Nos faltó algo de tierra para relleno, así es que quedó bastante despereja. Hicimos los arcos, la marcamos y nos pareció perfecta.

Las camisetas fueron todo un problema, no nos alcanzaba lo recaudado. Y no nos poníamos de acuerdo en colores, nombre del equipo, etcétera. Hasta que alguien vino con la novedad que en una casa de deportes había una oferta. Once camisetas de sólo dos equipos en oferta, junto con una pelota de fútbol y un pico. No recuerdo el otro equipo, pero por decisión unánime llevamos las de San Lorenzo. Así nació San Lorenzo de V L. Once años invictos en ese lugar.

La selvática quinta de la izquierda nos llevó mucho más trabajo. De hecho, hicimos un pasadizo hacia el medio y allí limpiamos un pequeño rectángulo donde se hizo la cancha. Nos quedó como para entrenamiento o para divertirnos entre nosotros.

Pasaba mis días entre las bibliotecas y el fútbol. El sexo ya bullía en mi sangre. En una de las bibliotecas que frecuentaba, le pedía a la mujer que atendía los libros de arriba, sólo para verle las piernas y las nalgas fuertemente apretadas por su falda. Creo que ella siempre lo supo, por eso cada vez que me veía, me atendía con una pícaro sonrisa. Era un enano encantador de serpientes.

Doña Elvira fue una vecina regordeta, aunque su gordura estaba muy bien distribuida. Y ella se empeñaba en demostrarlo con amplios escotes y vestidos muy ajustados. Era amiga de mi madre, así es que solían pasar mucho tiempo juntas tomando mate y charlando. También tenía una hija de mi edad y las dos, mi madre y doña Elvira, intentaban que esa niña y yo fuéramos buenos amigos. Una misión imposible. No me caía bien la niña en cuestión.

Doña Elvira tenía muy buen carácter. Continuamente hacía bromas y me invitaba a comer muy seguido. Comencé a notar que tenía una debilidad por el vino. Comenzaba tomando con la comida y continuaba mucho después. Los cachetes y la nariz se le ponían rojos y sus bromas se hacían más frecuentes, incluso incoherentes. Aunque a mí me causaba mucha gracia.

Con Beto solíamos pasar mucho rato hablando de mujeres, pero doña Elvira siempre ocupaba un lugar especial.

Para ese entonces, había empezado a notar que el vino, entre otras cosas, le provocaba calor a doña Elvira. Aligeraba su ropa para beneplácito de mi enfebrecida vista.

Un mediodía que me invitó a almorzar, comentó como si nada que por la mañana había ido a una consulta médica y que, como había tenido que quitarse la ropa interior y, hacía mucho calor, no volvió a ponérsela. Supongo que debo haberme puesto tan rojo como un tomate y debe haberme salido humo de los rulos. Apenas si podía comer bocado. En un momento dado dejé caer el tenedor y me agache a recogerlo para mirar por debajo de la mesa.

Era cierto. ¡Madre mía! Pensar que Rulo me decían a mí. El corazón me latía a mil. Fue a buscar otra botella de vino y, cuando se levantó, el calor le había pegado la tela en las nalgas que se marcaban a fuego. Creo que estuve a punto de irme a mi casa también.

Volvió con la botella y el acto de abrirla fue algo que hasta en la actualidad, recuerdo como el acto más sexi que he visto en mi vida. Tenía transpiración entre los pechos. Se pasó la lengua por los labios y acercó la punta de la botella al medio de los senos, gimió de placer como si le calmara el calor sin dejar de mirarme. Acarició la botella y juro que casi estallo ahí mismo en esa mesa, delante de su hija, que seguía comiendo ajena a lo que estaba sucediendo.

—Quiero pedirte algo: viste que tengo un galpón en el fondo. A la tardecita, cuando baje un poco el sol, porque no venís a darme una mano para arreglarlo. Mi hija va a particular y no va a poder. Mi marido vuelve tarde. Necesito a alguien que me apoye. Si me ayudás, en el galpón hay un frasco lleno de bolitas que te podés llevar.

Todo eso sin dejar de mirarme y sin dejar de acariciar la botella casi sobre sus tetas. Creo que sonreí como un estúpido y le prometí que iría, por supuesto que allí estaría. Sin duda.

Fui a mi casa y no podía dormir la siesta. Tampoco podía ocultar la erección constante. Creo que imaginé cien maneras diferentes de estar con doña Elvira en la cama. Me sacó de mis ensoñaciones la voz de mi madre diciendo que había llegado Beto.

Le conté lo ocurrido con lujo de detalles, más algunos que agregué para hacer más sabrosa mi historia. Ya se sabe, a esa edad uno tiende a exagerar y a exacerbar lo desconocido. Entonces Beto me arrojó un balde de agua helada, esa tarde teníamos un desafío con un equipo muy jodido de otro barrio.

Al principio intenté negarme, poniendo como excusa que esta era mi única oportunidad, que no tendría otra. Beto fue más elocuente y me hizo ver que, en realidad, doña Elvira estaba loca conmigo. Y, lo que no pasara hoy, podía pasar mañana. En cambio el desafío era solamente ese día.

En fin, me convenció mi amigo. A la hora indicada estaba en la canchita preparado y contento de volver a jugar. Para mi sorpresa, el que no estaba era Beto. Estuvimos esperando, demorando lo más que pudimos, pero no llegó. Pusimos un suplente y jugamos.

Ganamos aún sin él. Terminado el partido nos juntamos a tomar unas gaseosas y comentar lo raro de su faltazo. Nadie sabía qué le había pasado.

A veces, el destino juega cartas de una forma muy rara. Vino a buscarme mi padre porque mi mamá estaba descompuesta y tenía que llevarla al médico.

Me pasé una semana entre mi casa y el hospital y no supe nada de Beto. Cuando mi madre regresó a casa, doña Elvira vino a visitarla y a mí me trató de una manera muy distante, muy fría.

Aproveché para ir a ver a Beto a su casa y me encontré con una sorpresa. En la persiana había un cartel de venta. Toqué el timbre, golpee la puerta, llamé a viva voz, pero nadie respondía.

Salió la vecina para decirme que se habían mudado. Repentinamente. Pero que había dejado algo para mí. Desapareció detrás de la puerta y volvió a salir con una cajita, que me alcanzó.

No necesitaba abrirla, pero igual lo hice. Sentado en la vereda, la abrí. Un frasco de bolitas y, en medio, una nota.

“Disculpame Rulo, no lo pude evitar yo también quería ese tesoro, pero la jodí por partida doble. Te cagué a vos y me cagué la vida yo. No me di cuenta de la hora, llegó el marido y se armó un kilombo bárbaro. Habló con mis viejos y antes que se arme más gorda, prefirieron mudarse. Quién te dice alguna vez capaz que nos volvemos a ver. Un abrazo Rulo. Tu amigo Beto.”

Nunca más lo volví a ver.

O, mejor dicho lo he visto en la traición de otros miles de piratas desesperados por el tesoro. Como a tantas Elviras dispuestas a todo por un poco de placer.

Y sí, no doy las coordenadas exactas, es porque sé que en algún lugar de esta ciudad existe otro cofre escondido.





En verdad eres tan bella como una cicatriz
Anónimo

I

Pedro, desesperado, recaminaba la misma calle. Miraba las caderas abultadas de las putas que salían de la cantina para ir contoneándose rumbo al Hotel Goya. Pero ninguna como la de Cicatriz, se repetía una y otra vez para convencerse de seguir esperando. No había comido ni bebido para que ni las ganas de mear o cagar le distrajeran de su vigilancia. Pedro necesitaba respirar la vida por los poros de Cicatriz.

Pasadas las cinco de la tarde la vio salir de la cantina. Esta vez serás mía, murmura Pedro como una oración. Se le acercó por la espalda. Cicatriz, aterrada, se sorprendió. Le aprieta el brazo izquierdo a la altura del codo. Hablaron como aquellas parejas donde uno ama y el otro odia al punto del asco. Critaron. Ella lloró. Pedro se la llevó a jalones por la calle Marianela hasta llegar a la esquina Santa, de donde ya no se escuchó más que el solitario llanto de Cicatriz, perdiéndose entre el ruido de autos y cuchicheos de los peatones.

El día del sepelio de Cicatriz estuvo presente su madre adoptiva, sus amigas y compañeras de profesión; algunos clientes, los más enamorados, se turnaron para cargar el féretro; otros llevaron coronas de manos de león, arreglos de nubes y crisantemos; la rezandera (que también era la matrona) desgranaba el rosario y la dueña del Hotel Goya le mandó a hacer el siguiente epitafio: Todos la deseaban por hermosa. Cicatriz, siempre serás la encarnación de la pasión para tus olvidados.

II

Sí, aunque muchas personas entran y salen, cómo olvidar el rostro de Cicatriz destrozado por el llanto. Las mujeres blancas no me gustan cuando chillan porque se enrojecen como camarón, pero sí al sudar, porque se ponen chapiaditas como durazno, así sí me gustan... ¡Cicatriz se veía así hasta cuando lloraba!... por eso me gustaba hartito. Me extrañó verla aquí, pues sus negocios los tenía con el Goya. Le di la 7 (porque la única vez que cogí con ella fue en la 7 del Goya). No, a su acompañante nunca lo había visto. ¿Salir? No, señor, a ninguno de los dos, y es que fue la mucama quien me avisó de los gritos, por eso subí. Abrí. Entré y... llamé a la policía. El cómo encontré a Cicatriz quedó redactado en el acta del ministerio público, pero con mucho gusto se lo cuento: El cuerpo encuerado de Cicatriz estaba desparramado sobre el retrete, con llagas en los brazos y piernas; su cabello castaño y lacio estaba todo revuelto; ¡tenía en los pezones pinzas para colgar ropa!; en el cuello, como collar, un cinturón con la hebilla de un potro... Su boca y los ojos abiertos como mirándome. Pero todo su rostro mantenía el color durazno, era la muerta más hermosa que nunca más habré de mirar. No sabe cómo me duele contarle esto. No se merecía morir así. No, no sé nada más. Si me disculpa, llegaron clientes. Con su permiso.

III

Cicatriz trabajaba aquí con regularidad. De tres a seis clientes, de diez de la noche a cinco de la madrugada, ni más ni menos. Bebía poco, casi nada para lo que aparentaba, rusos blancos... los bebía tan rico que incitaba hasta al más abstemio... recuerdo que después de un trago su boca sabía tan rica... pero no todos los clientes podían... ya sabe... acabar en Cicatriz, pues cuando ya estaban en el cuarto 7 del Goya, ella se desnudaba de un modo... y siempre comenzaba con una chupada que la venida de uno era inminente y la segunda parada... casi imposible, aunque hubo algunos héroes. Así era ella. No, eso sí no, ella nunca les robó, pues para contar con la seguridad de nuestras chichas tenemos cámaras en sus habitaciones. Cuando quiera le presto los videos para que no ensucie la imagen de Cicatriz con algo tan burdo como el robo. Aquel día ella me pidió trabajar en la mañana. Antes de la siete de la noche se fue, la esperaba un hombre como de 70 años. Le dicen Pedro Silva, pero su nombre real nadie lo sabe. Con decirle que por ahí se rumora... ya sabe... que mató a un cristiano.

— ¡Oficial! ¿No se queda al rosario? Para honrar la memoria de Cicatriz le realizaremos orgías durante el novenario.

— No, gracias, y no soy oficial, soy dizque escritor y me interesó la historia cuando la leí en el periódico, para agregarla a mi libro de cuentos, por eso ando de preguntón. Con su permiso.

— Los escritores sólo saben mentir.

— Como ustedes, ¿cierto?

— ¡Mentir! ¿Nosotras?

— Pensándolo bien, tanto el escritor como la prostituta necesitan de dominar el arte de la mentira para vivir lo cotidiano.

— Pero eso no lo escriba o nos quedaremos sin clientes.

— Descuiden. Queda entre nosotros. Gracias por la información...

— Cuando quiera... escritor.

IV

Mi niña tenía tan sólo 21 años, no sabía que andaba en... eso. ¡Ay, qué dolor! Nada más sabía que trabajaba. Ella traía el dinero, nos mantenía... No tengo esposo. Los hombres nada más vienen a hacerle hijos a una, se cansan y se van. ¿Ve esta panza de seis meses? Es el quinto. Pobre de mí, qué será de mis hijos ahora sin mi Cicatriz, digo, sin mi María... ¿deme tan siquiera cincuenta pesos, para ponerle una veladora y flores?, gracias. Pobre de mi niña. ¡Cómo sufro!

V

— Por favor, ámame, yo te daré todo... salté de ese oficio... no soporto que otros te toquen. Te quiero para mí. ¿No entiendes? ¡Para mí!

— No me haga daño... se lo suplico... Pedro, déjame ir... no me toque... ya no... ya no por favor... ¡No te quiero!... me das asco... ¡No!

Y ya no escuché más. Por mi madrecita santa, le juro no escuché más que esas palabras. Acepto que me gustaba espiar cuando ella venía pero esa vez después de escuchar lo que le digo, hubo sonidos como de golpes y los gritos de la pobre me estrujaron la piel, mire cómo estoy, chinita, chinita nada más de recordarlo. Entonces... le avisé al patrón y fue que entró... la vimos y... Sólo estaba aquella niña quietecita y maltratada como una muñeca... ese hombre, el tal Pedro es el diablo y ella un angelito que por mero accidente había descendido a los infiernos para curarles el deseo a todos esos malditos que la atosigaban con sus lujurias.

Ari Guzmán

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.

HABLEMOS DE LIBROS

**El niño de la arena. La noche sagrada. (1985).
Tahar Ben Jelloun.**

Por Marilú Ricalde

Uno es la continuación del otro; es por eso por lo que me atrevo hablar de ambos en un mismo texto. El acceso al libro físico es un derecho reservado para muy pocos. Lo logré a través de un contacto en España consiguiéndolo de segunda mano. Para leerlo habrá que intentarlo vía electrónica; opción a la que cada vez más lectores recurren hoy en día.

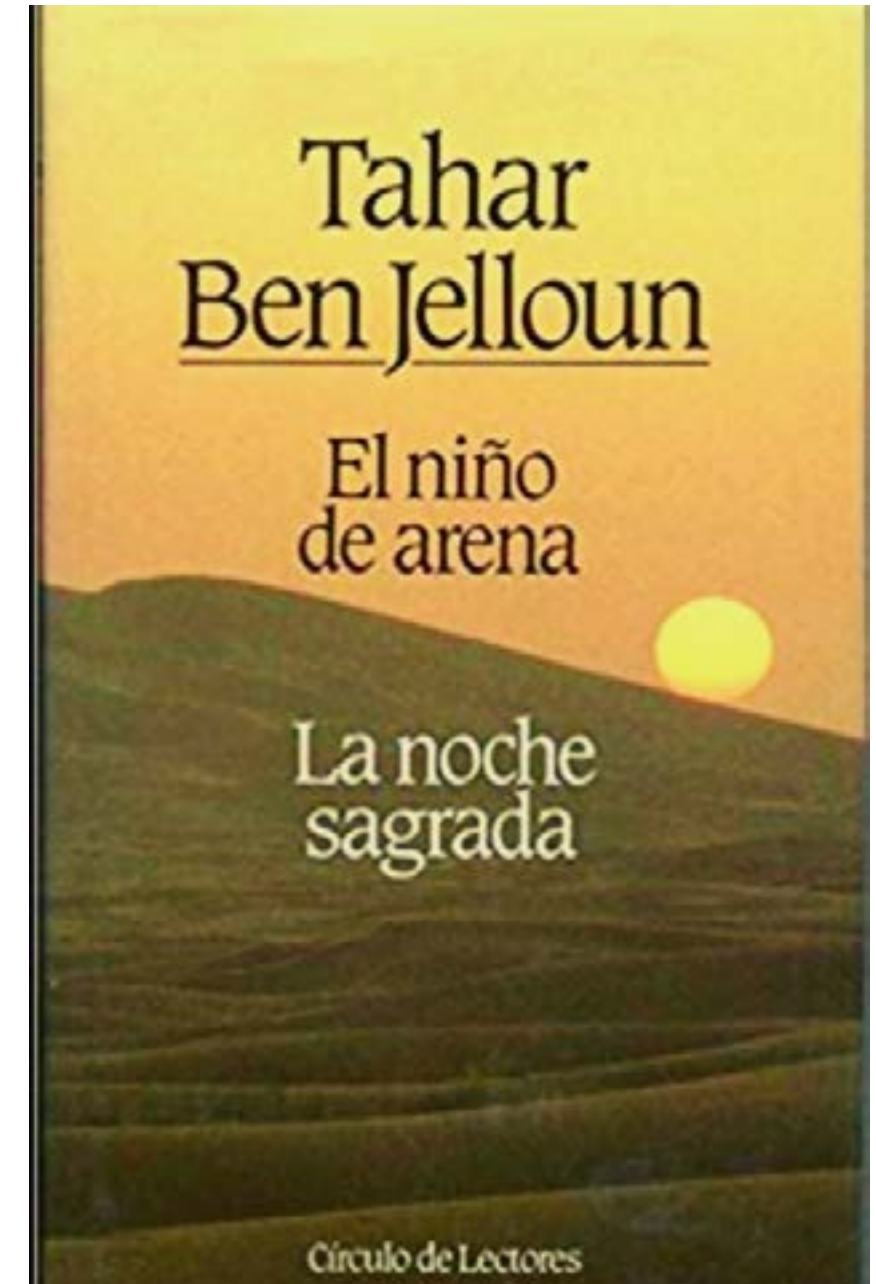
El islam como personaje. Con una prosa poética, que en ciertos momentos puede ser densa, Tahar Ben Jelloun se atreve a denunciar las atrocidades a las que las mujeres son sometidas solamente por su género. Ese odio no es del hombre únicamente, sino que llega a trascender a otras mujeres dentro de la sociedad e incluso perteneciente a la misma familia. La historia inicia en el seno de una familia que vive en desgracia; la madre únicamente ha concebido a tres niñas. El padre, un devoto alfarero, no puede aceptar otra ofensa más a su masculinidad, por lo que decide que el nuevo bebé por nacer será hombre a pesar de cualquier circunstancia. Un secreto bien guardado por su esposa y por la vieja partera que será su cómplice durante los pocos años que le queden de vida. Y así nace Ahmed, una niña que será criada y educada como niño.

A partir de ese momento, la prosa te va llevando a cruzar junto con Ahmed las puertas de su destino. Pero no imaginen dulzura en la novela, Jelloun de manera impecable logra despertar en el lector un cúmulo de emociones que hacen que seas parte de su historia. La perversidad del ambiente y los desvíos mentales de Ahmed son transmitidos de una manera tan perfecta que te emplazas fácilmente en lo que sería la vida de este joven que vive el conflicto de su dualidad.

La sociedad marroquí es descrita con crudeza. No hay quien se atreva a soltar una mano de aliento a los personajes. Jelloun se apoya de varios narradores para ir desarrollando la historia; con el peligro de confundir al lector, ya que en momentos no sabes cual historia es verdadera y cual es leyenda. Lo que es claro, es que la vida de Ahmed que luego será Zarah es de horror y de injusticia.

La ventaja que percibo con el recurso literario de varios narradores es que el relato no es único, sino que permite hacer lo propio. Crear y mezclar. Borrar y modificar. Así al concluir la lectura, la emoción despertada en mí fue de horror, de tristeza e incluso de rebeldía. Sin embargo, conforme lo fui asimilando, ese hueco se fue llenando de empatía para todas aquellas mujeres que viven los yugos del hombre disfrazados de religión o machismo.

Tahar Ben Jelloun nació en Fez, Marruecos. (1944) Es considerado como el principal autor marroquí en lengua francesa. En 1987 obtuvo el Premio Goncourt por la novela "La noche sagrada". Cultiva la poesía, la narrativa y el ensayo; ha incursionado además en el teatro. Ante el anuncio de que la enseñanza de Filosofía en Marruecos sería arabizada (1971), decide marcharse a Francia consiguiendo una beca para especializarse en psicología. Llega a París en ese año, y desde entonces la capital francesa se convirtió en su hogar.



Marilú Ricalde

Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.



-“Me gusta tu salón para ratoncitos”- “¿Me puedes enseñar de nuevo la casita?” - “Quiero hacer cositas como las que haces”. Estos son algunos de los comentarios que recibía mientras enseñaba a distancia a mis alumnos de preescolar. Todo empezó cuando, como consecuencia de la pandemia y el consiguiente cierre de las escuelas, los docentes tuvimos la necesidad de trasladar nuestros salones a aulas virtuales y usar materiales que atrajeran la atención aún de los más pequeños como en mi caso. Soy docente de preescolar y me sentí angustiada cuando me enfrenté a la realidad de dar clases de japonés a distancia. ¿Cómo conseguir que niños de 4 y 5 años aprendan japonés viéndome a través de una pantalla?

A pesar de que regularmente diseño mis materiales para las clases, esta vez no tenía idea de qué podría emplear, finalmente me decidí a tomar una caja de zapatos y representar lo mejor que pude un escenario. Se trataba de una panadería que pensé utilizar para presentar los contenidos a trabajar. Para ser honesta, tuve dudas sobre si era buena idea invertir tanto tiempo haciendo la que sería mi primera miniatura. El trabajo fue arduo por mi falta de experiencia, probando con diversos materiales muchas veces perdí la paciencia y el resultado no tenía el aspecto de lo que se suponía que era. Claro que estuve a punto de rendirme muchas veces, pero no tuve más remedio que perseverar porque, al final, no se me ocurría otra idea. Aunque mi primer escenario en miniatura no me dejó tan satisfecha lo usé para grabar un video que compartí con mis pequeños alumnos. La reacción de los niños no se hizo esperar y empecé a recibir comentarios positivos. Algunos me felicitaban porque mi video les había divertido, otros me preguntaban de dónde había sacado mi panadería, uno de ellos, muy creativo por cierto, me sorprendió enviándome una foto de su propia versión de la panadería. Reflexioné entonces sobre lo que había pasado y recordé haber leído acerca de las casas de muñecas y otras miniaturas. La explicación que da la ciencia para que nos atraigan tanto es que al ser tan pequeñas podemos observarlas a detalle con una sola mirada. Los bebés despiertan en nosotros la necesidad de protegerlos, este es un mecanismo que garantiza que a pesar de nacer tan vulnerables e indefensos, cuenten con la protección del adulto, al parecer, este mismo mecanismo hace que las cosas en miniatura nos parezcan adorables y tengamos el deseo de tenerlas.

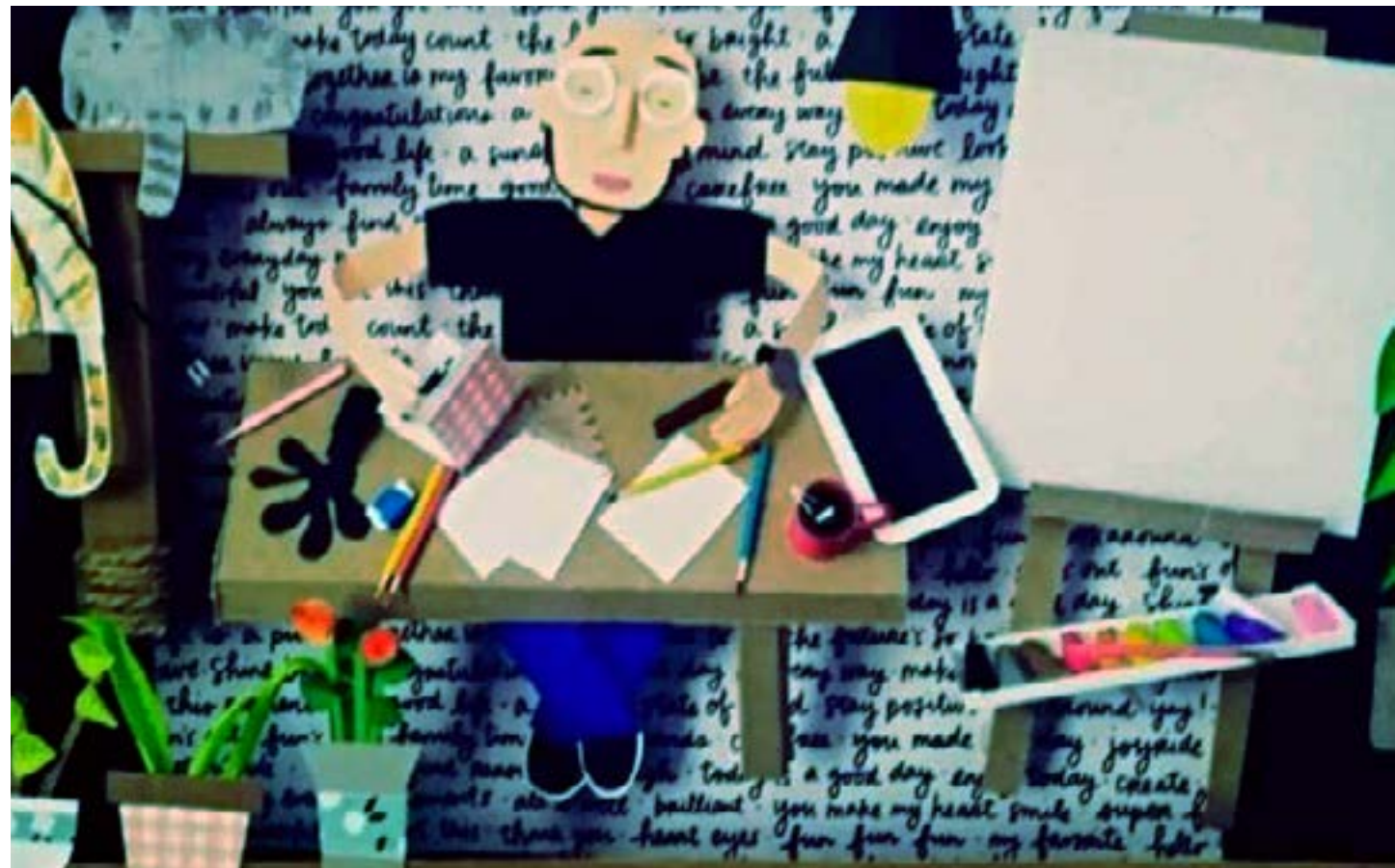
Este fue el inicio, cada semana presenté a mis alumnos un nuevo escenario que se relacionaba con el tema a estudiar y que mantenía a los niños interesados en continuar aprendiendo. A la panadería le siguieron la florería, la papelería, la tienda de regalos (debo reconocer que fue muy útil para celebrar el día de la madre), el restaurante de sushi y hasta el camión de los bocadillos, mi salón de clases y algunos más. Conforme evaluaba los resultados se hacían más evidentes las ventajas de estos materiales. Por ejemplo, cuando aprendimos el tema de los alimentos tuve a mi alcance todas las frutas y verduras que necesitaba y podía mostrarlas sin ningún problema, pero además, como podrán imaginar, cuando ya no las necesitaba podía guardarlas aún en un espacio reducido.

- En cuanto a la economía de los materiales, me percaté que gracias al tamaño de mis escenarios, necesitaba muy poco papel para hacerlos. Hasta ese momento solo encontraba una desventaja, todo el tiempo que debía invertir cada semana para tener listo mi escenario. Mientras pensaba en algunas estrategias para minimizar el trabajo y dejar de hacer miniaturas, de pronto me topé con una gran revelación. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? De pronto reconocí que no quería dejar de hacer mis queridas miniaturas, más bien, necesitaba tiempo porque mientras planeaba qué hacer para mis clases, noté que había otras cosas que me gustaría hacer pero esta vez solo por el gusto de hacerlas. Sin darme cuenta encontré un universo lleno de pequeños mundos hechos de papel que me han dejado horas y horas de placer. Un día empecé a incluir a las personas que amo en mis mundos pequeños pues me parecía que los escenarios se veían muy vacíos, así empecé a crear personas que llenan los espacios y a mi parecer, le comparten la personalidad de quienes representan. Por ahora, aunque continúo trabajando haciendo materiales para mis clases, mi sueño es difundir el uso de miniaturas de papel para la enseñanza con la finalidad de que más docentes experimenten los beneficios.

Después de vivirlo en mí misma, puedo decir que no se requiere un talento especial para emprender una tarea creativa como la que yo inicié, sino más bien una buena dosis de motivación, perseverancia y paciencia.











La soledad de un hombre que transita por la ciudad de la industria automotriz, en la década de los cincuenta; su rumbo nos muestra edificios vacíos, bodegas olvidadas y algunos vehículos estacionados. Se intercala con un montaje métrico, tres fotografías de la época en cada segmento, exponiendo sus rostros, alegrías, diversiones y dolores de esta urbe de migrantes, sostenida por las armadoras. Es esta introducción la que nos confronta con las ambiciones de un mundo mercantilista, el cual arrolla a toda comunidad que obstaculice el progreso. Es así como Curt, nuestro protagonista, nos presenta a la próspera Detroit, cruzando los barrios de un sector social marginado que desaparecerán gracias a las autopistas del futuro.

Este es el inicio de la producción realizada durante la pandemia, de Steven Sodebergh, "Ni un paso en falso" (2021), una obra acerca de organizaciones delictivas cuya premisa cuestiona de quién te puedes fiar, concepto que se muestra en el instante que él cruza una barbería, elemento simbólico en varias historias con este corte, un confesionario donde se trafica con la información, es ahí donde Curt (Don Cheadle), recién salido de la cárcel, busca una oportunidad de trabajo.

Esta escena se desarrolla con un plano secuencia de treinta segundos, la cual se ve vinculada con la primera toma de la siguiente escena con la misma duración, esto nos permite subrayar la intención tan clara que existe en el ritmo que se imprime a la película, lo que nos hace comprender lo preciso de la ejecución, tanto en el montaje escénico, como en la consciencia del montaje que le permite al director amalgamar toda acción descrita con las tomas y se percibe un fluir entre las imágenes. Esto se debe principalmente a que los constructores, tanto de la imagen como del armado de la obra, son Peter Andrews como fotógrafo y Mary Ann Bernard como montajista, ambos seudónimos del director Steven Sodebergh.

La trama discurre en un mundo de engaños, donde el espectador confronta sus propios estigmas sociales. Esto se debe a que acerca a las organizaciones criminales con la realidad insípida de la familia promedio y con la arrogancia desbordante de los líderes del mundo. Esta conexión se da por la ambición y egoísmo de todos los personajes, donde se dibuja un vacío existencial provocado por el deseo de satisfacciones inmediatas. Por supuesto, el hilo conductor de toda esta relación humana, que percibimos en la narrativa, se lo debemos a Ed Solomon, un guionista que ha escrito para satisfacer sólo a las masas, sin embargo, esta obra rompe con todo lo anterior y abre nuevos paradigmas en su carrera.

Es el Cine Noir, que le permite explorar una realidad decadente, en donde cada personaje fabrica su propia jaula o escarba su tumba, cree que el dinero es el camino a la felicidad y las oportunidades, el destino está predeterminado por la raza, género, posición social, y el protagonista tiende a pertenecer al mundo criminal o estar cerca de él, ya que desde su anti heroísmo encontrará una solución para alcanzar su objetivo. Esta propuesta, dentro de su oficio, le abre otra dimensión de posibilidades narrativas, dejando atrás esos guiones infantiles e ingenuos.

En esta conjugación de un buen guión cinematográfico junto con todas las técnicas formales del director Sodebergh se nos presenta un film que nos sorprende en su propuesta visual, ya que utiliza lentes que deforman los bordes de la imagen, brindándonos una textura inusual pero asertiva para esa búsqueda de la descomposición social. Utiliza, como es natural en su filmografía, tonos azules y dorados que le brindan atmósferas particulares a cada escena. También existe una diversidad amplia de emplazamientos que nos posibilita observar diferentes ángulos de las situaciones, así brinda una mayor riqueza en la contemplación de la intriga. Esto es posible gracias, a la ya extensa experiencia y aciertos a lo largo de su carrera, como lo es la película que lo catapultó a convertirse en una figura importante en el cine internacional: "Sexo, mentiras, y videos" (1989), donde expone un triángulo amoroso que logra definirlo casi al inicio de la obra, cuando Graham (James Spader) llega de visita a la casa de su amigo John (Peter Gallagher); la escena se centra en una merienda que ilustra para el espectador con sus emplazamientos de cámara, la posición de los personajes en la mesa del comedor y la mezcla del montaje rítmico y tonal, al señalarlos juegos sexuales constantes en las relaciones humanas.

En el caso de "Ni un paso en falso", en la escena de lluvia, el personaje de Curt entra al café Roma, la cámara hace un travelling siguiendo al protagonista hasta el encuentro con Ronald Russo (Benicio del Toro), podemos ver como ambos se sientan en la mesa dejando su espalda contra la pared, teniendo así el control del espacio; se repite el mismo travelling con la llegada de Frank Capelli (Ray Liotta), quien se sienta frente a Curt y a un costado de Russo; en ese punto, el espectador percibe cómo se estira la tensión dramática, para aumentar el suspenso; en ese instante, Doug (Brendan Fraser) obstruye nuestra visión de la mesa, quien se sentará en la silla desocupada y viéndolo en over shoulder apuntará a Russo con un arma de fuego. Esta construcción escénica es eficaz gracias a sus emplazamientos y en el ritmo de sus tomas, las cuales permiten percibir la ambición voraz de cada uno de los personajes presentes.

Todas estas técnicas perfectamente ensambladas nos señalan el conocimiento tan profundo del lenguaje que tiene el Director y esto es, gracias a su vasta experiencia en obras tan distantes en cuanto a sus temáticas y tonos dramáticos. Hace tan solo un par de años, el maestro Sodebergh se encontraba en el transatlántico Queen Mary II con tres actrices pulidas en el arte escénico: Meryl Streep, Dianne Wiest y Candice Bergen, quienes logran cautivarnos en un viaje de reencuentros al aproximarse al viaje a la trascendencia. Un film que explora a profundidad la motivación que nos lleva a contar historias y la percepción que tiene el exterior sobre éstas; todos los conflictos que se suman alrededor de los escritores y cómo nos envolvemos en el ego a lo largo de una vida, quitándonos la oportunidad de reconocer a los demás.

En esta propuesta titulada **“Déjales hablar”** (2020) se repite la fórmula de Steven como Director, Fotógrafo y Montajista, dándole a sus actrices el mayor valor de la obra en la sumatoria entre el montaje paralelo, las atmósferas lujosas y los conflictos emocionales de cada uno de los personajes. Dentro del ritmo propuesto en cada secuencia, inserta tomas de diferentes lugares y espacios simbólicos del cruce para puntualizar el paso del tiempo. Sin mucho lujo en producción y en utilizar los recursos que quedan a la mano, regresa a las intenciones de los directores de la Nueva Ola Francesa, del Neorrealismo Italiano o de Dogma `95, corrientes cinematográficas que han buscado integrar a los personajes en ambientes reales, dejando al autor buscar la esencia primordial de estos sujetos. En la fotografía, volvemos a notar la búsqueda de tonalidades doradas y azules, para hacer ciertos contrapuntos tanto narrativos como críticos; por supuesto, utiliza otro tipo de lentes que no deforman la realidad y esto ayuda a que sea puntual la crítica hacia la casi nula sensibilidad por los lectores de buscar una literatura de mayor calidad, como la necesidad de las editoriales de abusar de sus escritores, al transformarlos en máquinas para contar historias sin importar el cómo estén escritas sus obras o bien el pedestal donde se asientan los escritores que han obtenido algún reconocimiento internacional. Todo esto se envuelve en un exquisito platillo bien preparado por la guionista Deborah Eisenbergh.

Estas dos obras tan distintas en su temática y estructura dramática, son el ejemplo claro de que el autor de cine busca su madurez al consolidar un estilo propio a pesar de su diversidad de historias. Desde una biografía acerca de un autor de novelas insólitas “Kafka, la verdad oculta” (1991), hasta “Contagio” (2011) obra reveladora acerca de una pandemia en el siglo xxi, nos indica que estamos frente a uno de los creadores de cine con un mayor compromiso con su arte.

Steven Sodebergh es un Director modelo, graba a pesar de las complicaciones que se tienen a la hora de realizar cualquier producción en esta época de pandemia, al mostrarnos la fortaleza con la que debemos continuar cada uno de nosotros, a pesar de las adversidades. Su camino en el cine es a paso firme, relación estrecha que tiene con los personajes de cada una de sus historias, los cuales se instruyen en encontrar esa fuerza interna que los motiva y así dilucidar una vía con menos obstáculos para transitar con mayor libertad.



Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico..

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papatlotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kíeven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.



Lo confieso, yo veo películas de superhéroes y no me avergüenzo. El niño en mí lo exige. Los Vengadores de Marvel son los que más corresponden a mi generación y que más me gusta compartir con mis hijas. Sus habilidades, que contrastan con sus propios problemas psicológicos, son probablemente lo que más me llama la atención por encima de todos los efectos especiales.

El pensamiento que comparto hoy con ustedes es mi paralelo de estos personajes con lo que hacemos los músicos. Cuando comenzamos, nuestra percepción de los solistas profesionales que vemos es que también son seres súper poderosos. En mi percepción, no parecían habilidades inalcanzables sino desafíos que quería realizar. Progresivamente, así como la perspectiva cambia cuando se adentra uno al mar y se aleja de la orilla, los ídolos iban cambiando. Sin embargo, alcanzar a los que los reemplazaban parecía cada vez más difícil. Con todo, eso no significa que uno no merezca dar su humilde versión de una obra...

Los poderes del músico son más parecidos a los de un Iron Man que los de un Thor. Son el producto de un don que se desarrolla al máximo y apoyado en una pasión. Esa pasión hace que el músico cambie el Nintendo por el piano, a Mario Bros. por Beethoven. Sin embargo, la concentración y la pérdida de noción del tiempo al estudiar es parecida. Esto nos lleva a tocar un montón de piezas que permiten abordar a su vez otras obras. Cada nueva pieza nos lleva a la siguiente.

Como el Doctor Strange, el músico puede manipular el tiempo. Quizás no logremos viajar en él, pero sí logramos hacer que para un público el tiempo se detenga. También tenemos la capacidad de transfigurarnos como Loki y jugar respetuosamente a ser Chopin o Mozart por media hora.

Mientras tanto, parece haber un abismo entre el músico y el público con respecto a la manera de percibir estos poderes. Para el público, nosotros hacemos algo increíble mientras que nosotros somos víctimas del "síndrome del impostor" y tenemos más la tendencia a la crítica de nosotros mismos y de nuestros colegas que al asombro.

Volver a ver un pianista con los ojos de un no pianista para volverse a maravillar como cuando empezaba uno a tocar. Esa capacidad de sorpresa que se siente al ver virtuosos de otros instrumentos o a fenómenos como Argerich, Zimmerman y Horowitz que siempre serán únicos. En ese momento recobro ese sentimiento de admiración por algo que nos es imposible hacer. Es ese sentimiento que vemos en los gimnastas ante las barras paralelas o los clavadistas en el aire.

Los músicos también tenemos el defecto de comparar nuestros súper poderes. Es ahí cuando perdemos el objetivo de su existencia. Es un poco como si la Mujer Maravilla y Capitán América se concentraran exclusivamente en comparar sus escudos en lugar de dedicarse a luchar contra el crimen. Es muy frecuente ver la crítica ante las notas falsas y olvidar el fraseo, los matices o los timbres que se están escuchando. Ese delirio de performance de las grabaciones, esa búsqueda de la perfección por encima de la expresión va muy frecuentemente más allá de lo que los compositores mismos deseaban. La meta de los compositores que pasaron a la historia no era encarnizarse con los intérpretes y ponerlos a resolver problemas técnicos sino crear obras que tocaran los sentidos del público y propulsaran su imaginación.

Obviamente, al hablar de súper poderes, tenemos que hablar de la kryptonita, de ese talón de Aquiles que despoja al músico de esas habilidades y nos hace meter la pata en público. Cada uno de los intérpretes tiene un tipo o varios de kryptonita. El primero, el pánico escénico. Lo que hace que todo el trabajo que hicimos metódicamente se vaya al diablo con gran estruendo. Lo que provoca que muchos alumnos digan la frase célebre "pero si me salía perfecto en mi casa".

Es muy importante considerar que incluso los más grandes superhéroes de la música tienen pánico escénico. Existe la anécdota del gran Artur Schnabel antes de subir al escenario dando vueltas con las manos en la espalda y de un humor negro antes de entrar a tocar. A Sergei Rachmaninov, un verdadero titán del piano, tenían que darle un empujón para salir al escenario. La misma Martha Argerich es conocida por salir de escena lo más pronto posible. Y Vladimir Horowitz tuvo dos retiros del concertismo, de los cuales el segundo duró 12 años, en que prometía regresar al escenario cada domingo y cancelaba al último minuto aunque los boletos estuvieran agotados.

Al igual que Superman descubre que las armaduras que tienen plomo lo protegen de la kryptonita, el músico puede también trabajar su coraza anti-estrés. Todo empieza por conocerse a sí mismo y saber cómo prepararse mentalmente antes del concierto. Desde el probar el instrumento y la sala del concierto hasta conocer sus preferencias de cómo va a estructurar el día del evento. Prepararse para todo lo conocido y sobre todo para lo que uno no conoce. ¿Qué sucede si hay tráfico ese día? ¿Qué hago si me enfermo? Aquí es cuando mencionamos el ingenio de los astronautas que enfrentan todo tipo de problemas que podrían ser fatales y acaban resolviéndolos con un tapón de bolígrafo o con un clip. Y ayuda pensar que en nuestra profesión los errores no causan ninguna catástrofe. Ni las buenas ni las malas presentaciones saldrán en la televisión o en la primera plana de ningún periódico.

Otra forma de kryptonita es la falta de preparación... o su exceso. La diferencia entre ser virtuosos internacionales o hacer el ridículo no está en la diferencia de estudiar diez horas o media al día. Chopin regañaba a sus alumnos cuando estudiaban más de cuatro horas al día. El tiempo de estudio al piano debe depender del nivel de concentración y cada hora debe tener un objetivo. Dos horas al día divididos por períodos de 30 minutos pueden rendir mucho más fruto que ocho horas.

Un diario de trabajo puede dar muy buenos resultados para saber exactamente en qué etapa estamos de nuestra preparación y así fijar nuestros objetivos. Sin embargo, hay que tener cuidado de que este diario no acabe tomándonos más tiempo que el estudio mismo. Y el resto del día es estudiar en la cabeza, visualizando la partitura. Los científicos han descubierto que el cerebro no reconoce la diferencia entre un estudio real y uno "virtual".

La autocrítica excesiva es también una forma de kriptonita. Las redes sociales son fuentes abundantes del sentimiento de compararnos negativamente con los demás. Una vez más, así como los superhéroes acaban siendo obligados a conocerse a ellos mismos a través de sus traumas psicológicos, el "conócete a ti mismo" es una necesidad para el intérprete. Algunos entenderán la elegancia de Mozart y otros tendrán la potencia y elocuencia de Rachmaninov. Raros son aquellos que logran tocar bien todos los estilos. A veces tiene que ver con la morfología de nuestras manos, pero no siempre. La gran pianista española Alicia de Larrocha medía 1.41 m y con sus manitas minúsculas interpretaba Mozart y Rachmaninov con gran brío. Y la única forma de saber lo que le va a uno es explorando.

Por otro lado, tenemos que reconocer a nuestro "censor" personal. Es esa vocecita que nos critica a cada segundo en lo que hacemos y si merecemos estar ahí. Una estrategia interesante es la frase que se escucha en la película Luca de Disney en que un personaje bautiza con el nombre de Bruno a esa voz interior y la calla diciendo "silencio, Bruno!" ¡Sí! En el momento que el censor nos empieza a cuestionar por qué estamos ahí y a decirnos que no tenemos el nivel para tocar la pieza, podemos volvernos hacia él y decirle secamente "silenzio, Bruno!".

Tomarlo demasiado en serio también nos puede quitar nuestros poderes. En francés, inglés y en alemán la palabra para tocar un instrumento es "jugar". No hay que olvidar que el tocar un instrumento debe ser como jugar un juego de video. De hecho, para mí el tocar en público es como un deporte extremo que se vuelve algo adictivo... Así pues, cuando atravesamos todas estas etapas y logramos una muy buena ejecución pública (aunque a nuestros ojos nunca estará perfecta), tendremos una sensación de la satisfacción del superhéroe que ha vencido un villano... por esta vez. Y así como los superhéroes de Marvel regresan a casa después de una batalla para vivir sus traumas psicológicos -y vaya que los tienen-, nosotros regresaremos una vez más a poner nuestra partitura sobre nuestro atril y escribir nuestras anotaciones para conocernos mejor a nosotros mismos.

Arturo Nieto Dorantes

Es un brillante artista que subyuga al público con su brío, destreza y madurez a través de su fascinante sonoridad al piano. Es el primer pianista en interpretar la obra integral de Manuel M. Ponce al exterior de México. Es también uno de los pocos pianistas a interpretar Iberia de Albéniz en versión integral que acaba de grabar para Urtext Digital Classics. La prensa ha escrito de él: «un maestro del sonido orquestal para piano» (Kurt Rutz, Die Rorschacher Zeitung, Suiza),

«una tormenta de fuego latinoamericana» (Marian Hartmann, Die Hagener Zeitung, Alemania) y «técnica impecable y manos prodigiosas» (Kurt Hermann Wilhelm, Claridades, México).

Desde su debut con orquesta a la edad de 14 años, ha sido solista invitado de las principales agrupaciones de México como la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, la Orquesta Sinfónica Nacional de México así como de la Orquesta Sinfónica de San Antonio, Texas, de la Orquesta Sinfónica de Quebec y de la Orquesta de Cámara Charlemagne en Bruselas. También ha colaborado con el Cuarteto Latinoamericano y el Quatuor Arthur-Leblanc de Canadá.

PERROS CELESTES

por Angelina Rivas
y Rodolfo Ordóñez

Perros Celestes se forma en el año 2002, en la ciudad de México. Inspirados en los perros sagrados de las culturas ancestrales del México antiguo, la banda fusiona sonidos, ritmos y atmósferas sugiriendo un pacto cósmico de frecuencias. Su música fluye por diferentes temperamentos pasando por el rock alternativo, funk, electrónico y experimental. En el 2004 gana el renombrado concurso de bandas "Hard Rock Stage" y firman su primer álbum con Warner music. Al poco tiempo deciden volverse independientes y lanzan "Arde el Infinito" (2006) bajo la producción de Rodrigo Aboitiz (La Ley) y León Granados. De aquí se derivan shows en vivo, compartiendo escenarios con: La Gusana Ciega, Tex Tex, El Tri, La Cuca, Kinky, Juguete Rabioso, Resorte, Versuit Bergarabat, Pito Pérez etc... Posteriormente lanzan "El Disco Azul" (2009) y se desprende el sencillo "Hoy Te Ves Muy Bien". Tiempo después la banda entrega Remixes Reversiones (2010) con invitados especiales como: Da Punto Beat y Adolfo Castañeda (San Pascualito Rey).

Perros Celestes viaja a España para producir "Solárika" (2015) inspirados en el "Amanecer Galáctico" y "El Quinto Sol Maya". Aquí se desprenden los sencillos: "Sintonizando", "Cerca de Mí" y "Jinetes del Amanecer". Entre marzo y junio de 2020, en plena cuarentena, la banda produce y graba: "Meteoritos, Cuarentenas y Lados B", experimentando la producción a distancia, entregando un disco instrumental con invitados especiales.



"LA MÚSICA NO PUEDE
PARAR, SIGAMOS VIBRANDO
ALTO "



ENTREVISTA

¿De dónde viene el nombre o por qué Perros Celestes?

Joaquín: Este nombre tiene que ver con una cosmovisión prehispánica, somos fans de ella y de su ideología; queríamos tener algo de esa identidad en el ADN de la banda. Existe una tradición de los pueblos chichimecas, documentada en el Popol Vuh: Cuando alguien moría lo enterraban con unos perros de barro, como parte del ritual mortuario, porque existía la creencia de que en el más allá -el inframundo- los perros, que conocían la ruta, guiaban a los caminantes a través de unos peligrosos ríos de sangre y los ayudaban a llegar a otro nivel de existencia; basados en esa cosmovisión nos pusimos Perros Celestes; además de que amamos a los perros por buenos compañeros. En cuanto a la cosmovisión de la muerte nos gusta el misticismo, creer que no morimos, sólo nos encontramos en otro plano de existencia. De ahí viene el nombre de Perros Celestes y al igual la música pensamos que el nuestro es un portal al más allá, y nos puede dar el antídoto de la eternidad, una manera de ser inmortales.

¿Cómo se conocieron, cuánto tiempo llevan juntos y cómo fue que crearon esa conexión para poder hacer música juntos?

Joaquín. Nos conocimos en la universidad, estudiábamos "Comunicación", juntos, ahí nació la curiosidad de "Largo", empezamos musicalizando nuestros cortometrajes, después las tareas o las de los compañeros y nos conocimos mejor. Somos buenos amigos, coincidimos en gustos y curiosidades musicales, entre ellas el rock clásico, aunque cada quien con sus variantes, lo que permite que cada uno aporte sus influencias, pero la base es el rock clásico. Tenemos una sinergia interesante: compartimos gustos, entre ellos por lo audiovisual, nos encanta el cine, los dos estudiamos y nos fuimos por el subsistema audiovisual, nos íbamos a grabar a la playa y nuestra gran pasión en esos días era musicalizar lo que grabábamos con las cámaras que nos prestaba el departamento de cine. Ambos somos perseverantes y la música requiere aguante, pasión y fe en lo que se está haciendo.

Platícanos un poco acerca del concurso del Hard Rock.

Joaquín: Fue una etapa muy importante, como banda teníamos poco tiempo de habernos formado seriamente. El último día de inscripciones llevamos los papeles para entrar al concurso. Era un concurso universitario a nivel nacional entraron Guadalajara, Tijuana, Ciudad de México, y algunas bandas del sureste. Éramos como 120 bandas. El Hard Rock Stage era ya una tradición. Anteriormente había ganado una banda que era "Pito Pérez". Warner buscaba firmar a una nueva banda. Era el 2004 y la coordinadora de la carrera de comunicación de la "Ibero" firmó una carta que nos dio la oportunidad de participar, porque un requisito era que al menos dos integrantes fueran de la misma universidad. Entramos representando a la Ibero y para nuestra sorpresa nos empezó a ir muy bien. Eran eliminatorias, tocaban cinco bandas y sólo pasaba una a la siguiente ronda. Concursamos con la Rolas "Tú me prendes más" y "El diamante cósmico". Esas noches de Hard Rock eran increíbles porque ensayábamos con mucha disciplina y entusiasmo; y ahí estábamos como fieras dándole. Nuestra idea del concurso era solamente ir a tocar, creo que por eso las cosas salieron bien; pasamos a la siguiente etapa y a la siguiente también; cuando nos dimos cuenta estábamos en semifinales; fue todo tan rápido y tan intenso. Fue una etapa increíble, siempre lo hemos dicho: una banda se hace en el escenario. Entonces pasamos a la final. Había muchísimas bandas muy buenas, recuerdo que al final estábamos súper nerviosos. Tocar en el Hard Rock es algo increíble. Estábamos esperando en ese preámbulo, éramos Andrés y yo en los camerinos, no queríamos ver a nadie, escuchábamos los gritos cuando una banda acababa de tocar. Pensábamos: faltan dos bandas para nuestro turno. caminábamos como leones enjaulados, recuerdo que llevamos un perro al escenario. Traíamos camisetas de manta para sentirnos acompañados de esa mística que era parte del grupo y queríamos mostrar. Para nuestra sorpresa ganamos el concurso y nos firmó Warner.

. Fue una experiencia increíble, lo que nos sacó de onda fue que nos entrevistó Robin Chacón, de Telehit y nos dijo: "bienvenidos al tenebroso Y muy oscuro mundo del rock'n'roll", como que nos estaba anticipando algo de lo que después nos dimos cuenta. El ser independientes en el Rock nacional fue lo mejor que pudimos haber hecho porque no tuvimos ninguna buena experiencia con los directivos de las disqueras. Lo que valió la pena de ese momento fue vivir la experiencia del Hard Rock y haber tocado y ahí porque es como perro celeste se consolidó, nos hicimos de muchos conocidos, mucha gente que le gustó la onda nos llevó a grabar el primer disco que es "Arde el infinito" y gracias al Hard Rock logramos el sueño que todos buscábamos: plasmar nuestras rolas en un álbum; independientemente de todo, esa experiencia fue el camino que nos llevó a materializar ese primer disco y nos encontró con León Granados, una persona importantísima en la vida de la banda.





De lo que les he escuchado, he percibido que combinan sonidos ambientales y atmosferas, pero también letras digeribles, nada pretenciosas, que se disfrutaban mucho, pero quisiéramos saber ¿cómo conceptualizan ustedes su sello? la música que hacen.

Joaquín Lo que realmente hacemos es experimentar mucho, obviamente el primer disco es una entrega muy honesta, estábamos al Full con el rock clásico, incluso algunos tintes punktones, alternativos y poco a poco fuimos encontrando algo muy propositivo de las atmósferas, secuencias. La parte electrónica de la banda es, en mucho, de Andrés, es muy particular de él y entonces se empiezan a conjuntar estas cosas que a mí me gustan, como la guitarra acústica y letras románticas; me gusta componer, también, letras llegadoras, profundas y aunque tiene una parte visceral, también tiene su parte mística. Creo que esta mezcla de estilos, inquietudes personales y musicales que aquí conviven lo hacen padre.

Andrés: Creo que el hecho de ser una banda independiente te obliga a participar más en la producción, nosotros hemos tenido que entrarle de lleno a producir nuestros discos; por ejemplo, esa situación nos ha llevado a experimentar cosas de Samplers, de atmósferas, pero también de otros instrumentos, aunque en origen seamos un Power trío nos hemos permitido incorporar un violín en cierta canción o en otra canción un saxofón Y eso es bien padre, al final es la libertad de ser independiente, de decidir completamente sobre tus producciones

Joaquín: Eso nos pasó mucho con León Granados, nuestro productor, recuerdo que me decía: “grabamos en solo un estudio, ¿ya lo tienes? Échatelo”. “El principio empezó muy bien, perfecciona esa parte y piensa en la salida”. era como ir encontrando la creatividad al instante, la banda es mucho de eso: una canción puede empezar con un acorde abierto, una secuencia, una frase o una idea; no hay una metodología estipulada, es simplemente dejar fluir. Cada uno propone alguna idea y buscamos enriquecerla. Experimentar nos divierte mucho.

¿Podrían comentar algo de su discografía? Imagino que detrás de cada disco hay un momento de vida, quizás una historia, ¿qué nos pueden compartir de sus discos?

Andrés: como ustedes decían, cada disco representa una etapa de uno mismo, de cada uno de nosotros, tanto las letras como la historia. ¿Cómo se logra? En el momento en que te reúnes en un cuarto, a menudo en el del baterista, así surgieron las rolas del primer disco. Cada disco tiene una historia, eso es lo padre. Últimamente se está perdiendo eso ya que actualmente se manejan más los singles. Un disco siempre es padre por la historia que conlleva.

Por ejemplo “Arde el infinito” es nuestro inicio, tocando en el cuarto del baterista, pasando por el concurso del Hard Rock y los pleitos que tuvimos con la disquera hasta que se logró el disco. La verdad fue un drama sobre todo porque era una etapa en la que no era fácil hacer discos, la tecnología era cara.

Joaquín : “Arde el infinito” fue la prueba de fuego porque puso a prueba la música, nos dijimos: si éste es el camino, venga, hay que seguirlo y afrontarlo con todo. Eso es arte del infinito, una convicción profunda de estar haciendo esto. Nos puso a prueba en todos los aspectos: a nivel de los integrantes, a nivel personal y con las disqueras, vimos lo que realmente era hacer un disco. Incluso hay maquetas del disco que las grabamos en cinta, como antes se hacía y que inclusive sonaban mejor. Pusimos lo mejor que teníamos y estábamos felices, era un sueño hecho materia. Fue una etapa increíble que dio inicio a Perros Celestes. Después llega el disco “Azul” qué es más de pop electrónico, fue una etapa muy padre porque estábamos tocando en muchos lados, de Puerto Vallarta a Monterrey, al Parque Fundidora, al bar Iguana... tuvimos mucho contacto con la gente y con muchos artistas. Fue como para definir nuestro sonido en vivo.

Recuerdo esa etapa como algo increíble. Aquí sucede algo interesante porque se va la guitarrista, decide ya no colaborar con nosotros y nos convertimos en un power trío. Este disco lo grabamos una parte en México y otra en Tlaxiaco, Morelos, que ha sido un lugar importante para la vida de los Perros Celestes.

Andrés: Ciertamente, fue salir de esa zona de confort del rock punk, cuando empezamos a indagar la cuestión de atmósferas y canciones instrumentales, este disco se deriva del de Remixes, son las mismas canciones del disco “Azul” pero con nuevas versiones, por amigos músicos colegas muy talentosos, cómo Adolfo Castaneda, Chewbacca; es un disco experimental porque es la forma de ver de ellos, a nosotros nos gusta mucho el resultado de ese disco.

Joaquín: muy interesante porque ves tu rola desde un ángulo y descubres que otra persona lo ve desde otro, completamente diferente, resulta increíble, nos encantó esa diversidad de perspectivas y la forma de las nuevas versiones. En fin, Perros Celestes siempre ha estado abierto a la colectividad, es una banda muy abierta en ese sentido, ahora sí que júntense a la fogata.

Hablando de la etapa de la cuarentena, cómo fue su experiencia creativa, emocional y evolutiva en esta etapa de la pandemia.

Andrés: Creo que emocional fue muy fuerte, con mucha ansiedad, muchos sentimientos encontrados, precisamente fue lo que nos dio la idea de que teníamos que hacer algo en esa etapa, sacar algo, además nos agarró grabando el disco que tenemos pendiente; llegó la cuarentena y tuvimos que suspender, nos quedamos frustrados, entonces surgieron algunas ideas, algunos temas, lados B, se le podría decir, por eso se llama así el disco, a partir de estas ideas empezamos a trabajar, a hacer algo en esta modalidad para ver qué onda, además es un experimento, algo nuevo, de donde surge la idea de hacer el disco.

Joaquín : La humanidad venía de un acelere, todos veníamos así, como con un Rush, y de repente pausa todo. Esta pausa, como dices, a algunos no les vino bien, pero nosotros entramos en esa parte reflexiva y nos encontramos con pensamientos, ideas que se habían quedado en el tintero, canciones que estaban inconclusas. Esa pausa nos ayudó a reencontrarnos, no teníamos pensado hacer ese disco, pero con la pandemia surgió la necesidad para contrarrestar esa película que nos estábamos echando, Fue una manera de contraatacar esa vibra de miedo y muerte, de hacer algo armónico que te hiciera sentir bien, entonces vimos que aún en aislamiento y a distancia podía hacerse, una vez más la música nos enseñó el camino y fue una experiencia increíble.

Ante el distanciamiento, ¿cómo fue el proceso, la adaptación para este disco en esa nueva forma de trabajar? ¿cómo se sintieron?

Andrés: Empezó la pandemia y dejamos de vernos, no nos hemos visto para nada, fue un poco extraño, pero pensamos que al final fluyó. Es uno de los pros de ser una banda de amigos, además tuvimos la oportunidad de incorporar a amigos muy chidos. A partir del disco pudimos participar en festivales en línea, hacer algunos palomazos, -también a distancia-. Nosotros nos hemos visto tres veces en toda la pandemia, nos hemos tenido que adaptar a esa situación, pero se logró el objetivo.

Uno como músico siempre tiene grandes experiencias, nos gustaría que nos platicaran alguna anécdota que les haya gustado, que recuerden con cariño o les haya causado mucha risa.

Joaquín: tenemos varias anécdotas, una de ellas es en el Hard Rock de Guadalajara, nos llevó María, la entonces representante de la banda Y de Pito Pérez. Fuimos a tocar a Guadalajara en el año en que Gustavo Cerati lanzaba su disco solista "Siempre soy"; antes de ir a Guadalajara paramos en Querétaro y fuimos a ver ese concierto de Cerati.

Andrés: No sé qué pasó, pero desde que nos estacionamos parece que se le acabó la pila al llavero y se activó la alarma del auto. Nunca se calló. Entre canción y canción de Cerati se escuchaba la alarma del auto.

Joaquín: cuándo terminó el concierto el baterista me dijo, préstame tu guitarra, a ver si te la autografía Cerati. Desapareció con ella, lo esperamos en el estacionamiento como dos horas, de repente lo vemos regresar con una sonrisota en la cara. Me dijo, abre tu estuche, mi guitarra la había autografiado Cerati: "Para Joaquín perro celeste, de Gustavo Cerati", es un honor, como si me hubiera bendecido. Ya que en ese momento no tenía otra guitarra para tocar en Guadalajara, tuve que usarla; con la emoción del concierto se fue borrando el autógrafo, nada más quedaban algunos vestigios de él.

Andrés: Decíamos que en la última canción, del autógrafo sólo quedaba el ti.

¿Qué han aprovechado de la tecnología?, nosotros somos una generación que para aprender música no contó con las herramientas que actualmente existen, como los tutoriales de revistas y páginas; en esa época tenías que buscar quién te enseñara algo o conseguir una revista donde aprendieras algunos compases, ¿cómo ha sido su evolución en el aspecto tecnológico?

Joaquín. La tecnología nos ha ayudado, ha sido una herramienta de gran utilidad para comunicarnos en momentos de pandemia, para hacer conciertos Online o interactuar con otros músicos, creo que la tecnología ha sido indispensable, podemos seguir compartiendo música, hacer discos como en el caso de "Meteoritos , Cuarentenas y Lados B", platicar con ustedes, cada quien en su casa, todos reunidos en el ciberespacio en una pasión que compartimos los cuatro y millones de personas: el poder de la música. Creo que estas nuevas formas de aprender a través de videos de YouTube son válidas, de hecho yo mismo he sacado así algunas rolas, la verdad es que es una metodología diferente que funciona bastante bien, bienvenidos a la tecnología de la música.

Andrés: En cuanto a la cuestión creativa nos ha ayudado mucho la tecnología; por ejemplo, ahorita que la banda somos nosotros dos, podemos hacer uso de cajas de ritmos, sintetizadores, atmósferas... nos ayuda mucho para componer y producir. Sí, estamos muy involucrados con la tecnología.

Joaquín. En ese disco que grabamos, al final, el micrófono para las guitarras fue el de mi celular, Andrés y el Partner nos ayudaron con la mezcla Master ya que los micrófonos de celular no están diseñados para grabar un instrumento, pero la tecnología nos ayudó a hacerlo posible.

Y ahora que están estrenando este disco, ¿qué viene para los Perros Celestes?

Joaquín: Promocionarlo muchísimo, este disco tiene DVD y CD, aprovechar todos los palomazos, además vienen conciertos masivos en los que participaremos, también la rola "Hermanos", que es un tributo a la existencia, y está dedicada a todos aquellos que se nos han adelantado pues nos gusta seguir la tradición mortuoria de los perros celestes. Nosotros, a través de la música, también honramos estas cosas. Posteriormente lo presentaremos en vivo y también viene el disco "Bipolar" con catorce temas inéditos.

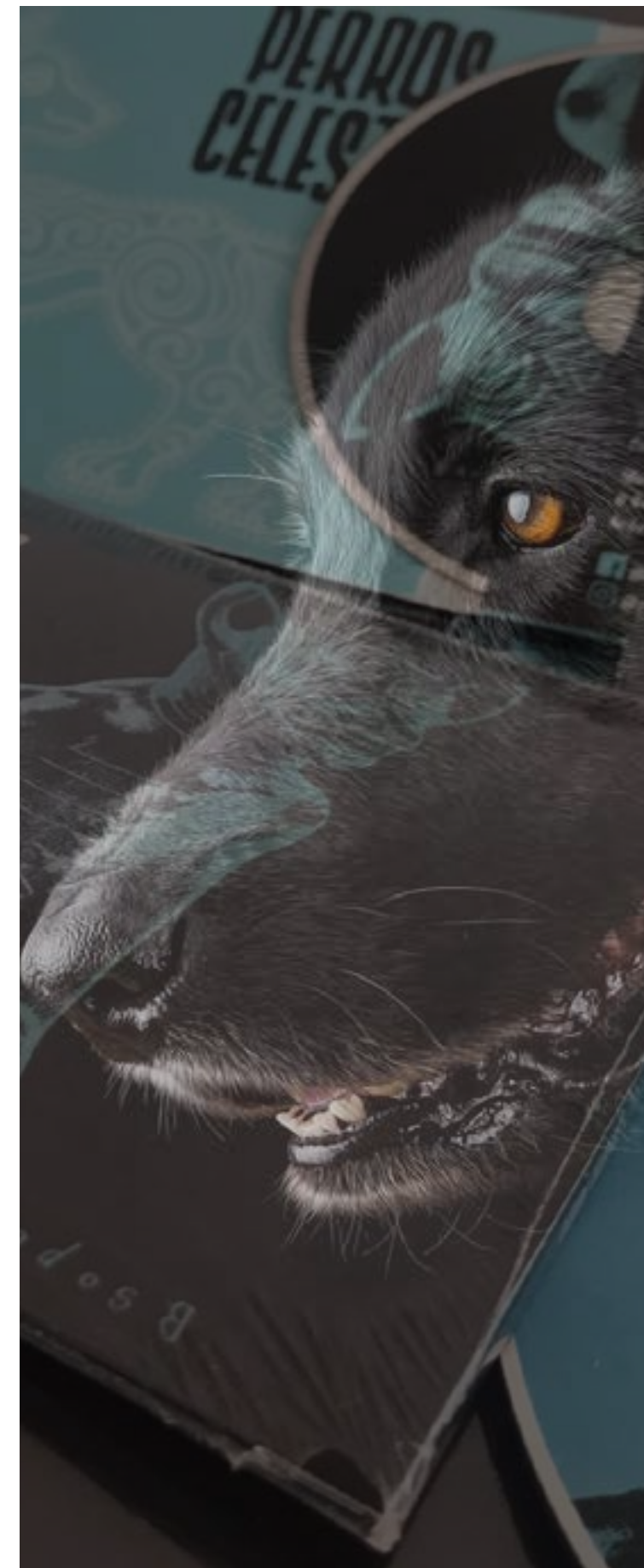
¿Cuántos temas originales tienen los Perros Celestes?

Andrés: pensando en el disco que estamos haciendo ya rebasamos las 50.

Para uno, como compositor de su música, le es difícil decir qué es lo que más te gusta; si dijera a cada uno de ustedes que sólo pueden escuchar una canción, cada uno escogería su canción más representativa, aquella donde sienten que está su esencia.

Joaquín: Para mi "Volcán", del disco "Arde el infinito", pienso que captura la esencia de la banda -a nivel musical y a nivel lírico-, tiene el ADN, es una canción donde hay una entrega tan honesta que hace justicia a esa idea.

Andrés: Me la ganaste, "Volcán" es nuestra primera canción en ese sentimiento, la primera en que dijimos: Ésta va a ser parte de un disco. De hecho es el primer demo que hicimos en los estudios del Politécnico, creo que por eso es a la que más cariño le tengo, es una canción muy peculiar, creo yo, como que tiene su personalidad.



Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com